LIBRO 3

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Padre, Hijo y Espíritu Santo: *un solo Dios eternamente revelado*



"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros."

2 CORINTIOS 13:14

ROGER D. MUÑOZ

CRISTO LIBERA
GLOBAL THEOLOGICAL INSTITUTE

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA
LIBRO 3

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Padre, Hijo y Espíritu Santo: un solo Dios eternamente revelado

Roger D. Muñoz

Edición digital gratuita

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Padre, Hijo y Espíritu Santo: un solo Dios eternamente revelado

Roger D. Muñoz · Editorial Cristo Libera

Este libro se comparte gratuitamente en PDF. Se autoriza su distribución íntegra entre familiares, amigos, congregaciones y grupos de estudio, conservando el nombre del autor y los créditos de la obra.

La venta, la modificación o la reproducción parcial con fines comerciales requieren autorización del titular de los derechos.

Esta edición conserva el prólogo, la introducción, los diez capítulos y los textos complementarios del libro original.

Ministerio Cristo Libera Internacional: www.cristolibera.org

Instituto: www.cristoliberainstitute.org

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Contenido

Prólogo 6

Introducción 12

CAPÍTULO 1 ANTES DEL PRINCIPIO: EL DIOS QUE NUNCA ESTUVO SOLO 22
Cuando todavía no existía nada de lo que conocemos

CAPÍTULO 2 LAS HUELLAS EN LAS ESCRITURAS: CUANDO LA REVELACIÓN COMENZÓ A ABRIR EL MISTERIO 48
Una verdad que fue iluminándose poco a poco

CAPÍTULO 3 EL DÍA EN QUE EL CIELO SE ABRIÓ: EL PADRE HABLA, EL HIJO OBEDECE Y EL ESPÍRITU DESCIENDE 78
Una escena que no podemos leer rápido

Contenido · continuación

CAPÍTULO 4 EL HIJO ETERNO: MÁS QUE UN MAESTRO, MÁS QUE UN PROFETA 102

La pregunta que nadie puede evitar

CAPÍTULO 5 EL ESPÍRITU SANTO: MÁS QUE UNA FUERZA, UNA PERSONA DIVINA 125

El gran olvidado por unos y el gran mal entendido por otros

CAPÍTULO 6 UN SOLO DIOS, TRES PERSONAS: CÓMO CONFESAR EL MISTERIO SIN CAER EN ERROR 140

Cuando una explicación sencilla puede terminar diciendo algo equivocado

CAPÍTULO 7 LA SALVACIÓN DEL DIOS TRINO: EL PADRE PLANEA, EL HIJO REDIME Y EL ESPÍRITU APLICA 174

La noche en que un hombre descubrió que necesitaba nacer otra vez

CAPÍTULO 8 VIVIR DELANTE DEL DIOS TRINO 209

Oración, adoración y comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo

Contenido · continuación

CAPÍTULO 9 ERRORES QUE DISTORSIONAN AL DIOS TRINO 218

Cuando cambiar a Dios cambia el evangelio

CAPÍTULO 10 EL DIOS TRINO Y LA MISIÓN 222

Enviados por el Padre, bajo la autoridad del Hijo y en el poder del Espíritu Santo

PRÓLOGO

EL DIOS QUE ES MÁS GRANDE QUE NUESTRAS EXPLICACIONES

Hay momentos en los que debemos hablar.

Y hay momentos en los que, antes de hablar, debemos reconocer que estamos entrando en terreno santo.

La doctrina de la Trinidad pertenece a esos temas.

Durante siglos, hombres y mujeres han leído las Escrituras, han orado, han estudiado, han debatido y han intentado expresar con fidelidad una verdad que la mente humana nunca habría podido inventar:

Hay un solo Dios.

El Padre es Dios.

El Hijo es Dios.

El Espíritu Santo es Dios.

Y, sin embargo, no hay tres dioses.

Hay un solo Dios.

Esta verdad no nació porque un grupo de teólogos quisiera complicar la fe cristiana.

Nació de una realidad mucho más sencilla y, al mismo tiempo, mucho más profunda:

La Biblia revela a Dios de esta manera.

Los primeros discípulos eran judíos.

Habían crecido escuchando:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

Deuteronomio 6:4.

Ellos no estaban buscando inventar tres dioses.

Pero entonces caminaron con Jesús.

Lo escucharon.

Vieron sus obras.

Lo vieron perdonar pecados.

Lo escucharon hablar de la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo existiera.

Lo vieron morir.

Lo vieron resucitado.

Lo adoraron.

Después recibieron la promesa del Espíritu Santo.

Y cuando el Espíritu fue derramado, comprendieron que no estaban delante de una fuerza impersonal.

El Espíritu hablaba.

Guiaba.

Enviaba.

Prohibía.

Repartía dones.

Intercedía.

Podía ser entristecido.

Los discípulos no inventaron la Trinidad.

Se encontraron con la revelación del Dios trino.

Este libro nace con un propósito claro.

No queremos convertir la Trinidad en una discusión fría.

Queremos comprender, hasta donde la Escritura nos permite, quién es el Dios que nos creó, nos salvó y habita en nosotros.

Porque la Trinidad no es solamente una doctrina para aprobar un examen.

Está presente en toda nuestra vida cristiana.

El Padre nos amó.

El Hijo vino a salvarnos.

El Espíritu Santo nos dio nueva vida.

Oramos al Padre.

Nos acercamos por medio del Hijo.

Somos ayudados por el Espíritu Santo.

Fuimos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Vivimos en comunión con el Dios trino.

Y un día estaremos eternamente delante de su gloria.

Por eso debemos estudiar esta verdad con dos actitudes:

humildad y adoración.

Humildad, porque nuestra mente es limitada.

Adoración, porque Dios se ha dado a conocer.

No intentaremos reducir a Dios para hacerlo caber dentro de una comparación humana.

No diremos que la Trinidad es como el agua, que puede ser hielo, líquido y vapor.

No diremos que es como un hombre que puede ser padre, esposo e hijo.

No diremos que es como el sol, con astro, luz y calor.

Todas esas comparaciones terminan siendo insuficientes y, en algunos casos, pueden conducir a errores.

Dios no necesita parecerse a algo creado para poder existir.

La creación se parece a la huella de su Creador.

Pero Dios es único.

Este libro nos llevará desde las primeras señales de pluralidad en el Antiguo Testamento hasta la revelación más clara del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento.

Veremos a Jesús.

Escucharemos sus palabras.

Estudiaremos su relación eterna con el Padre.

Contemplaremos la persona y obra del Espíritu Santo.

Examinaremos errores que han confundido a generaciones.

Y finalmente veremos cómo esta doctrina transforma nuestra oración, nuestra adoración, nuestra misión y nuestra comunión como Iglesia.

No espero que al terminar este libro usted diga:

“Ahora comprendo completamente a Dios”.

Si eso ocurriera, habríamos fracasado.

Espero que pueda decir:

“Ahora entiendo mejor lo que Dios ha revelado de sí mismo, puedo reconocer los errores que distorsionan esta verdad y tengo más razones para adorarlo”.

Ese es el propósito.

Entraremos con la Biblia abierta.

Con la mente despierta.

Con el corazón humilde.

Y con una oración:

Dios, enséñanos quién eres.

INTRODUCCIÓN

TRES VOCES, UN SOLO DIOS

Imagine por un momento que usted está junto al río Jordán.

Hay personas alrededor.

Juan está bautizando.

Entonces Jesús entra en el agua.

Juan lo bautiza.

Y ocurre algo extraordinario.

El Hijo está allí.

El Espíritu Santo desciende sobre Él.

Y desde el cielo se escucha la voz del Padre:

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Mateo 3:17.

Deténgase en la escena.

El Hijo no está fingiendo ser el Padre desde el cielo mientras está simultáneamente en el agua.

El Espíritu Santo no es simplemente otro nombre para Jesús.

Hay distinción.

El Padre habla.

El Hijo es bautizado.

El Espíritu desciende.

Y, sin embargo, la Biblia nunca abandona la verdad fundamental:

Dios es uno.

Aquí comienza nuestro viaje.

Una doctrina que muchas personas confiesan, pero pocas pueden explicar

Si preguntamos a muchos cristianos:

"¿Cree usted en la Trinidad?"

Responderán:

"Sí".

Pero si hacemos una segunda pregunta:

"¿Qué significa?"

Entonces comienzan las dificultades.

Algunos dirán:

"Son tres dioses que trabajan juntos".

Eso es incorrecto.

Otros dirán:

“Es un solo Dios que unas veces aparece como Padre, otras como Hijo y otras como Espíritu Santo”.

También es incorrecto.

Otros dirán:

“El Padre es Dios verdadero, Jesús es un ser inferior y el Espíritu es una fuerza”.

Eso también contradice la revelación bíblica.

Por eso debemos estudiar.

No para volver complicada la fe.

Sino para evitar que una fe superficial termine creyendo cosas que la Biblia no enseña.

La palabra Trinidad no aparece en la Biblia

Algunas personas dicen:

“La palabra Trinidad no aparece en la Biblia, por lo tanto, la doctrina no es bíblica”.

Ese razonamiento es débil.

La pregunta no es solamente si una palabra específica aparece.

La pregunta es:

¿La realidad que esa palabra describe está enseñada en las Escrituras?

La palabra Trinidad sirve para resumir una enseñanza bíblica:

Hay un solo Dios en esencia, que existe eternamente en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La palabra resume.

La Biblia revela.

Nuestra autoridad no descansa en el término.

Descansa en la Escritura.

Tres verdades que debemos mantener juntas

Para comenzar correctamente debemos mantener tres afirmaciones bíblicas al mismo tiempo.

Primera: hay un solo Dios.

Segunda: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son plenamente divinos.

Tercera: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son personas distintas entre sí.

Si negamos la primera, terminamos con tres dioses.

Si negamos la segunda, reducimos al Hijo o al Espíritu a criaturas.

Si negamos la tercera, convertimos las tres personas en máscaras o manifestaciones temporales de una sola persona.

La doctrina bíblica mantiene las tres verdades juntas.

No estamos intentando explicar completamente a Dios

Hay una diferencia entre comprender verdaderamente algo y comprenderlo exhaustivamente.

Podemos conocer verdaderamente a Dios porque Él se ha revelado.

Pero no podemos conocerlo exhaustivamente porque somos criaturas finitas.

Un niño puede conocer verdaderamente a su padre sin conocer cada pensamiento, cada experiencia y cada detalle de su vida.

De una manera infinitamente mayor, podemos conocer verdaderamente a Dios sin agotar el misterio de su ser.

Moisés escribió:

“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros”.

Deuteronomio 29:29.

Nuestro deber no es inventar respuestas donde Dios guardó silencio.

Nuestro deber es recibir fielmente lo que reveló.

¿Por qué importa tanto esta doctrina?

Porque la identidad de Dios importa.

Si adoramos a un dios diferente del Dios revelado, aunque utilicemos lenguaje religioso, estamos en peligro.

Además, la Trinidad está en el corazón del evangelio.

El Padre envió al Hijo.

El Hijo se encarnó.

El Hijo murió por nuestros pecados.

El Padre levantó a Cristo de entre los muertos.

El Espíritu Santo aplica la obra de Cristo en nosotros.

Nos regenera.

Habita en nosotros.

Nos santifica.

Nos guía.

Nos capacita.

La salvación es profundamente trinitaria.

Este libro no será una discusión distante

Estudiaremos doctrina.

Sí.

Veremos textos.

Analizaremos errores.

Explicaremos términos.

Pero no perderemos el corazón.

Porque estamos hablando del Dios a quien oramos.

Del Padre que nos adoptó.

Del Hijo que murió por nosotros.

Del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Por eso cada capítulo deberá llevarnos más allá de la información.

Hacia la adoración.

Hacia la obediencia.

Hacia la comunión.

Hacia la misión.

CAPÍTULO 1

ANTES DEL PRINCIPIO: EL DIOS QUE NUNCA ESTUVO SOLO

Cuando todavía no había estrellas

Antes de continuar, quiero pedirle que imagine algo difícil de imaginar.

No había tierra.

No había mar.

No había cielo visible.

No había sol.

No había luna.

No había estrellas.

No había seres humanos.

No había animales.

No había árboles.

No había ángeles creados.

No había universo.

No había tiempo como nosotros lo experimentamos.

Y, sin embargo, Dios era.

Juan comienza su Evangelio con palabras extraordinarias:

“En el principio era el Verbo”.

Juan 1:1.

Observe cuidadosamente.

No dice:

“En el principio fue creado el Verbo”.

Dice:

era.

Cuando comenzó el principio de la creación, el Verbo ya era.

Y Juan continúa:

“Y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

Aquí encontramos una de las puertas más profundas de toda la Escritura.

El Verbo estaba con Dios.

Hay distinción.

Y el Verbo era Dios.

Hay divinidad.

Distinción sin separación de esencia.

Unidad sin confusión de personas.

Antes de que existiera el universo, ya existía comunión.

Antes de que existiera la humanidad, ya existía amor.

Antes de que hubiera una criatura que adorara, Dios ya era perfectamente glorioso.

El Dios de la Biblia nunca estuvo incompleto.

Nunca necesitó crear para dejar de sentirse solo.

Nunca necesitó al ser humano para descubrir el amor.

Antes del principio, Dios era.

Y en el próximo paso de nuestro estudio debemos comenzar allí:

en la eternidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

CAPÍTULO 1

ANTES DEL PRINCIPIO: EL DIOS QUE NUNCA ESTUVO SOLO

Cuando todavía no existía nada de lo que conocemos

Antes del primer amanecer, Dios era.

Antes de que una estrella brillara, Dios era.

Antes de que existiera la tierra, Dios era.

Antes de que hubiera ángeles, seres humanos, montañas, océanos o galaxias, Dios era.

Es difícil para nosotros imaginarlo.

Toda nuestra experiencia comienza con algo.

Nacimos en una familia que ya existía.

Llegamos a una ciudad que estaba allí antes que nosotros.

Aprendimos un idioma que otros ya hablaban.

Entramos en una historia que había comenzado mucho antes de nuestro nacimiento.

Pero cuando hablamos de Dios, debemos abandonar todas esas categorías.

Dios no llegó a una historia que ya existía.

La historia comenzó porque Él quiso crear.

Dios no apareció dentro del universo.

El universo apareció por su voluntad.

Dios no fue creado.

No tuvo comienzo.

Y antes de toda creación, Dios no estaba solo en el sentido de una existencia vacía, necesitada o incompleta.

Antes del principio había comunión.

Había gloria.

Había amor.

El Padre amaba al Hijo.

El Hijo compartía gloria con el Padre.

Y el Espíritu Santo, eterno y divino, no comenzó a existir el día de Pentecostés.

El Dios trino era, es y será eternamente Dios.

1. “En el principio era el Verbo”

Juan comienza su Evangelio de una manera sorprendente:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Juan escoge sus palabras cuidadosamente.

Primero dice:

“En el principio era el Verbo”.

Cuando comenzó el principio, el Verbo ya existía.

Después dice:

“El Verbo era con Dios”.

Aquí encontramos relación.

Comunión.

Distinción.

El Verbo no es presentado como el Padre.

Está **con Dios**.

Pero inmediatamente Juan añade:

“Y el Verbo era Dios”.

Aquí encontramos divinidad.

En una sola frase tenemos una verdad extraordinaria:

El Verbo está con Dios.

Y el Verbo es Dios.

Juan continúa:

“Este era en el principio con Dios”.

Juan 1:2.

Y después:

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”.

Juan 1:3.

Esto elimina la posibilidad de colocar al Hijo entre las cosas creadas.

Si todas las cosas creadas fueron hechas por medio de Él, entonces Él no pertenece a la categoría de las cosas creadas.

El Hijo está del lado del Creador.

No de la creación.

2. El Hijo no comenzó en Belén

Este es uno de los errores que debemos corregir desde el comienzo.

Jesús nació en Belén.

Pero el Hijo de Dios no comenzó a existir en Belén.

Lo que ocurrió en Belén fue la encarnación.

El Hijo eterno tomó naturaleza humana.

Juan dice:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

El que era eterno entró en la historia humana.

El Creador entró en su creación.

El invisible se hizo visible.

El eterno entró en el tiempo sin dejar de ser eterno.

Pablo escribió:

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”.

Gálatas 4:4.

Observe la expresión:

Dios envió a su Hijo.

El Hijo fue enviado.

Su existencia no comenzó cuando fue enviado.

Belén no es el comienzo del Hijo eterno.

Es el comienzo de su vida humana en la encarnación.

3. Jesús habló de la gloria que tenía antes del mundo

La noche antes de la cruz, Jesús oró.

Sus palabras nos permiten mirar hacia la eternidad.

Dijo:

“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”.

Juan 17:5.

Antes que el mundo fuese.

Jesús habla de gloria compartida con el Padre.

No está diciendo que existía solamente como una idea en la mente de Dios.

Habla de una relación real.

“Contigo”.

Más adelante dice:

“Me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Juan 17:24.

Antes de la creación existía amor.

Esto tiene enormes implicaciones.

Dios no creó al ser humano porque necesitaba aprender a amar.

El amor ya existía eternamente.

El Padre amaba al Hijo.

El Hijo amaba al Padre.

La vida divina no era soledad.

Era comunión eterna.

4. Dios no nos creó porque nos necesitaba

Esta verdad puede confrontar nuestro orgullo.

Dios no nos necesitaba.

A veces hablamos como si Dios hubiera estado en el cielo diciendo:

“Necesito crear al ser humano porque me falta algo”.

No.

Dios es perfectamente suficiente en sí mismo.

Pablo dijo en Atenas:

“Ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo”.

Hechos 17:25.

Dios no creó por necesidad.

Creó libremente.

Nosotros dependemos de Él.

Él no depende de nosotros.

Nosotros necesitamos aire.

Agua.

Alimento.

Descanso.

Relaciones.

Dios no depende de ninguna cosa creada.

Esto destruye una idea peligrosa del ministerio.

A veces un líder puede comenzar a pensar:

“Dios me necesita”.

No.

Dios puede usarnos.

Nos concede el privilegio de participar en su obra.

Nos llama.

Nos capacita.

Nos envía.

Pero el Reino de Dios no depende de nuestra existencia.

Eso debe producir humildad.

5. Antes de la creación ya había amor

En el capítulo anterior vimos que Dios es amor.

Ahora podemos profundizar.

Juan escribió:

“Dios es amor”.

1 Juan 4:8.

Si Dios hubiera sido eternamente una sola persona solitaria, tendríamos que preguntar:

¿A quién amaba antes de crear?

Pero la revelación trinitaria nos permite comprender que el amor no comenzó con la creación.

El Padre ama al Hijo.

El Hijo ama al Padre.

El Espíritu Santo participa eternamente de la vida divina.

Dios no necesitó crear un objeto externo para convertirse en amor.

Él es amor eternamente.

Esto significa que cuando Dios nos ama, no está aprendiendo una actividad nueva.

Su amor hacia nosotros fluye de quien Él eternamente es.

6. El Espíritu Santo tampoco comenzó en Pentecostés

Hay cristianos que, sin darse cuenta, piensan en el Espíritu Santo como si apareciera por primera vez en Hechos capítulo 2.

Pero el Espíritu Santo está presente desde las primeras líneas de la Biblia.

Génesis dice:

“Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.

Génesis 1:2.

Antes de Pentecostés, el Espíritu ya estaba obrando.

Participó en la creación.

Capacitó personas.

Inspiró profetas.

Actuó en la historia de Israel.

Y el Nuevo Testamento nos permite comprender con mayor claridad su identidad personal y divina.

Pentecostés no fue el nacimiento del Espíritu Santo.

Fue un momento decisivo en la historia de la redención: el derramamiento prometido del Espíritu sobre el pueblo del nuevo pacto.

El Espíritu es eterno.

7. El Espíritu eterno

La carta a los Hebreos utiliza una expresión importante:

“Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios”.

Hebreos 9:14.

Espíritu eterno.

No creado.

No temporal.

No una energía que aparece y desaparece.

El Espíritu Santo pertenece eternamente al ser de Dios.

Por eso, cuando estudiamos la Trinidad, no estamos estudiando una distribución temporal de funciones.

No estamos diciendo que primero existió el Padre, después apareció el Hijo y más tarde apareció el Espíritu.

Padre, Hijo y Espíritu Santo son eternos.

Nunca hubo un momento en que el Padre existiera sin el Hijo.

Nunca hubo un momento en que Dios existiera sin el Espíritu Santo.

8. El Padre nunca comenzó a ser Padre

Esta afirmación merece reflexión.

Nosotros comenzamos a ser padres en un momento determinado.

Antes de que naciera un hijo, no éramos padres de ese hijo.

Pero no debemos trasladar automáticamente nuestras experiencias humanas a Dios.

El Padre es eternamente Padre en relación con el Hijo eterno.

El Hijo es eternamente Hijo.

Esto no significa que el Hijo sea inferior en naturaleza.

En la experiencia humana, un padre existe antes que su hijo.

Pero estamos hablando de Dios.

No podemos tomar una relación humana y obligar a Dios a encajar completamente en ella.

El lenguaje Padre e Hijo revela una relación real y eterna.

No significa Creador y criatura.

El Hijo comparte plenamente la naturaleza divina.

9. “Antes que Abraham fuese, yo soy”

En una conversación intensa con líderes religiosos, Jesús hizo una declaración que provocó una reacción inmediata.

Dijo:

“Antes que Abraham fuese, yo soy”.

Juan 8:58.

No dijo simplemente:

“Yo existía antes de Abraham”.

La expresión tiene una fuerza extraordinaria.

Sus oyentes entendieron que Jesús estaba haciendo una afirmación muy seria acerca de su identidad.

Por eso tomaron piedras.

Jesús no se presenta solamente como alguien anterior a Abraham.

Su existencia trasciende el tiempo humano.

El Hijo eterno entró en la historia.

10. El Hijo estaba activo en la creación

Pablo escribió acerca de Cristo:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra”.

Colosenses 1:16.

Luego añade:

“Todo fue creado por medio de él y para él”.

Y continúa:

“Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”.

Colosenses 1:17.

Estas palabras son enormes.

Por Él.

Para Él.

En Él subsisten.

Jesucristo no aparece tarde en la historia bíblica como una solución de emergencia.

El Hijo estaba activo en la creación.

La historia comienza por medio de Él.

La redención se cumple en Él.

La historia terminará bajo su señorío.

11. El Dios trino en la creación

La Biblia comienza:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Génesis 1:1.

Luego menciona al Espíritu de Dios moviéndose sobre las aguas.

Y Dios crea mediante su palabra.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, la revelación se hace más clara.

Juan identifica al Verbo eterno.

Pablo habla de la creación por medio del Hijo.

El Espíritu es presentado como dador de vida.

No debemos forzar cada versículo del Antiguo Testamento para que diga más de lo que dice.

Pero al leer toda la Biblia, vemos una armonía extraordinaria.

La creación es obra de Dios.

Y la revelación completa nos permite contemplar la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

12. “Hagamos al hombre”

En Génesis encontramos una frase que ha generado mucha conversación:

“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Génesis 1:26.

Debemos ser cuidadosos.

No podemos construir toda la doctrina de la Trinidad sobre una sola palabra en plural.

La doctrina se sostiene sobre el conjunto de la revelación bíblica.

Pero después de conocer la revelación más completa del Nuevo Testamento, esta expresión resulta significativa.

Dios dice:

Hagamos.

Y luego el texto continúa:

"Y creó Dios al hombre a su imagen".

Génesis 1:27.

Pluralidad en la expresión.

Unidad en la acción divina.

No es una prueba aislada suficiente para toda la doctrina trinitaria.

Pero sí forma parte de un cuadro bíblico más amplio que se irá aclarando progresivamente.

13. La revelación fue progresiva

Debemos entender cómo Dios reveló su verdad en la historia.

La Biblia no fue entregada completa en un solo día.

Dios fue revelándose progresivamente.

Esto no significa que el Antiguo Testamento enseñara error y el Nuevo lo corrigiera.

Significa que la revelación fue avanzando hacia una claridad mayor.

Piense en un amanecer.

Primero aparece la luz.

Luego podemos distinguir formas.

Después sale el sol y vemos con claridad lo que antes apenas percibíamos.

De manera semejante, el Antiguo Testamento afirma claramente que Dios es uno.

También contiene textos y patrones que preparan el camino.

Pero cuando el Hijo se encarna y el Espíritu Santo es derramado, la revelación alcanza una claridad extraordinaria.

No cambió Dios.

Aumentó la claridad de nuestra comprensión por medio de su revelación.

14. El Dios trino y el plan de salvación antes de la historia

La salvación no fue una improvisación.

Pedro habla de Cristo como:

“Ya destinado desde antes de la fundación del mundo”.

1 Pedro 1:20.

Pablo dice que Dios nos escogió en Cristo:

“Antes de la fundación del mundo”.

Efesios 1:4.

Esto nos lleva a una verdad profunda.

Antes de que nosotros pecáramos en la historia, Dios no estaba ignorante de lo que ocurriría.

El plan redentor no nació del pánico.

La cruz no fue una reacción desesperada.

La redención estaba dentro del propósito eterno de Dios.

El Padre envía.

El Hijo se entrega.

El Espíritu aplica la obra redentora.

La historia de nuestra salvación nace en el propósito eterno del Dios trino.

15. El Hijo vino voluntariamente

A veces se presenta la salvación de una manera equivocada.

Como si el Padre fuera un Dios enojado que quería destruirnos y Jesús tuviera que convencerlo de amarnos.

Eso no es el evangelio bíblico.

La Biblia dice:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”.

Juan 3:16.

El envío del Hijo nace del amor de Dios.

Y el Hijo participa voluntariamente.

Jesús dijo:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”.

Juan 10:18.

No hay conflicto entre un Padre cruel y un Hijo misericordioso.

Hay perfecta unidad en el propósito redentor del Dios trino.

16. El Espíritu Santo no es un personaje secundario

En algunas iglesias se habla mucho del Padre y del Hijo, pero muy poco del Espíritu Santo.

En otras ocurre el problema contrario: se habla constantemente del Espíritu, pero de una manera separada de Cristo y de la Palabra.

Ambos extremos son peligrosos.

El Espíritu Santo no es un personaje secundario.

Pero tampoco trabaja para llamar la atención sobre sí mismo de manera independiente del Padre y del Hijo.

Jesús dijo:

“Él me glorificará”.

Juan 16:14.

El Espíritu nos lleva a Cristo.

Nos hace comprender la verdad.

Nos transforma.

Nos capacita.

Nos incorpora al cuerpo.

Produce fruto.

Distribuye dones.

La vida cristiana es imposible sin su obra.

17. Dios no es una familia de tres dioses

Debemos corregir otra imagen equivocada.

Padre, Hijo y Espíritu Santo no son una familia de tres seres divinos independientes.

No son tres centros separados de divinidad que decidieron cooperar.

Hay un solo Dios.

La esencia divina no está dividida en tres partes.

El Padre no es una tercera parte de Dios.

El Hijo no es otra tercera parte.

El Espíritu Santo no completa la última parte.

Cada persona es plenamente Dios.

Y, sin embargo, hay un solo ser divino.

Aquí nuestra mente llega a un límite.

Y debemos aceptar ese límite con humildad.

No porque la doctrina sea irracional.

Sino porque Dios es mayor que nuestra capacidad de comprenderlo exhaustivamente.

18. No necesitamos reducir a Dios para adorarlo

Los seres humanos sentimos una gran necesidad de comparar.

“Explícamelo con algo”.

Entonces buscamos ejemplos.

El agua.

El huevo.

El sol.

Un hombre con tres funciones.

Pero cada analogía termina fallando.

¿Por qué?

Porque no existe en la creación algo exactamente igual a Dios.

Si existiera algo perfectamente comparable con Dios, Dios dejaría de ser único.

Podemos usar lenguaje bíblico.

Podemos formular cuidadosamente la doctrina.

Podemos identificar errores.

Pero debemos resistir la tentación de pensar que hemos metido a Dios dentro de una pequeña ilustración.

Dios no cabe en nuestros dibujos.

19. Antes de que usted existiera, Dios ya lo conocía

Esta doctrina no debe dejarnos solamente pensando en conceptos eternos.

Debe tocar nuestra vida.

Antes de que usted naciera, Dios era.

Antes de su primera lágrima, Dios era.

Antes de su primer error, Dios conocía toda su historia.

Antes de su conversión, Dios ya había realizado en Cristo la obra de redención.

Esto debe producir humildad y gratitud.

Nuestra historia no es el centro del universo.

Dios es el centro.

Y, sin embargo, el Dios eterno quiso acercarse a nosotros.

El Hijo tomó carne.

El Espíritu vino a habitar en los creyentes.

El Padre nos adopta.

El Dios que no nos necesitaba decidió amarnos.

Eso es gracia.

20. Fuimos creados para entrar en comunión con Dios

Jesús oró:

“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti”.

Juan 17:21.

No nos convertimos en Dios.

No participamos de la esencia divina.

Pero por la gracia somos llevados a una relación real con el Dios trino.

Tenemos comunión con el Padre.

Por medio del Hijo.

En el Espíritu Santo.

La salvación no es solamente escapar del castigo.

Es reconciliación.

Adopción.

Comunión.

Vida con Dios.

El evangelio nos lleva a casa.

REFLEXIÓN FINAL

Antes del principio, Dios era.

No estaba incompleto.

No estaba aprendiendo.

No estaba esperando que apareciera alguien para poder amar.

El Padre amaba al Hijo.

El Hijo compartía gloria con el Padre.

El Espíritu Santo era eternamente Dios.

Entonces Dios creó.

No por necesidad.

Sino por voluntad.

Y cuando el ser humano cayó, el Dios trino actuó en la historia de la redención.

El Padre envió.

El Hijo vino.

El Espíritu da vida.

Nuestra salvación comienza en Dios.

Es realizada por Dios.

Y nos lleva a Dios.

Oremos:

Padre eterno, gracias porque antes de que yo existiera, tú eras Dios.

Señor Jesucristo, gracias porque no comenzaste en Belén, sino que siendo eterno entraste en nuestra historia para salvarnos.
Espíritu Santo, gracias porque eres el Espíritu eterno y porque obras en nosotros para llevarnos a la verdad y formar a Cristo en nuestras vidas.
Líbranos de reducirte a nuestras ideas humanas.
Danos humildad para recibir tu revelación y sabiduría para enseñarla con fidelidad.
Que conocer al Dios trino transforme nuestra adoración, nuestra oración, nuestra comunión y nuestra misión.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo seguiremos el desarrollo de esta verdad a través de las Escrituras.

Antes de que la doctrina fuera formulada con palabras teológicas, Dios ya estaba dejando huellas de su revelación a lo largo de la historia bíblica.

CAPÍTULO 2

LAS HUELLAS EN LAS ESCRITURAS: CUANDO LA REVELACIÓN COMENZÓ A ABRIR EL MISTERIO

Una verdad que fue iluminándose poco a poco

Imagine que usted está en una habitación completamente oscura.

De pronto aparece una pequeña luz.

Todavía no puede ver todos los detalles, pero comienza a distinguir algunas formas.

Después entra más luz.

Ahora puede reconocer objetos que antes parecían sombras.

Finalmente, la habitación queda completamente iluminada.

Los objetos no aparecieron cuando llegó la luz.

Ya estaban allí.

Lo que cambió fue nuestra capacidad de verlos con claridad.

Algo semejante ocurre con la revelación bíblica acerca del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando abrimos el Antiguo Testamento, no encontramos una explicación doctrinal completa de la Trinidad como la que podemos formular después de leer toda la Escritura.

Encontramos una afirmación clara y fundamental:

Hay un solo Dios.

Pero también encontramos textos que nos hacen detenernos.

Expresiones.

Personajes.

Manifestaciones.

Conversaciones.

Promesas.

Profecías.

La Palabra de Dios.

El Espíritu de Dios.

El Ángel de Jehová.

El Hijo prometido.

El Mesías.

No debemos forzar esos textos.

Pero tampoco debemos ignorarlos.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento y contemplamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo revelados claramente, podemos volver a mirar toda la historia bíblica y descubrir algo extraordinario:

Dios estaba preparando el camino para una revelación más plena de sí mismo.

1. El fundamento que nunca debemos abandonar: Dios es uno

Antes de hablar de las huellas de pluralidad, debemos comenzar donde comienza la fe bíblica.

Moisés declaró:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

Deuteronomio 6:4.

Esta confesión fue fundamental para Israel.

El pueblo vivía rodeado de naciones politeístas.

Los pueblos tenían muchos dioses.

Dioses de la guerra.

Dioses de la fertilidad.

Dioses del mar.

Dioses de la lluvia.

Dioses asociados con ciudades y territorios.

Pero Israel recibió una revelación diferente.

No existe un grupo de dioses compitiendo por el universo.

Hay un solo Dios verdadero.

Isaías declara:

“Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí”.

Isaías 45:5.

La doctrina de la Trinidad nunca contradice esta verdad.

El cristianismo no enseña tres dioses.

La revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo no destruye la unidad de Dios.

Nos lleva a comprender más profundamente cómo existe eternamente el único Dios verdadero.

2. “Hagamos al hombre”

Regresemos a Génesis.

Dios ha creado la luz.

El firmamento.

La tierra.

La vegetación.

Los astros.

Los animales.

Entonces llega el momento de crear al ser humano.

Y Dios dice:

“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Génesis 1:26.

La frase llama la atención.

Hagamos.

Nuestra imagen.

Nuestra semejanza.

Pero inmediatamente el siguiente versículo dice:

“Y creó Dios al hombre a su imagen”.

Génesis 1:27.

Observe el movimiento.

“Hagamos”.

Y después:

“Creó Dios”.

Hay una expresión plural y una acción divina singular.

Ahora debemos ser responsables.

No podemos decir que Génesis 1:26, por sí solo, explica completamente la doctrina de la Trinidad.

Algunos han propuesto que se trata de un plural de majestad.

Otros hablan de Dios dirigiéndose a su corte celestial.

Hay discusión sobre la interpretación precisa.

Pero después de recibir la revelación completa de las Escrituras, el cristiano no puede evitar reconocer que este lenguaje es, por lo menos, compatible con una verdad que será revelada con mayor claridad más adelante.

El texto no nos da todavía toda la explicación.

Pero abre una ventana.

3. “El hombre es como uno de nosotros”

Después de la caída, encontramos otra expresión:

“He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal”.

Génesis 3:22.

Más adelante, en el relato de Babel, Dios dice:

“Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua”.

Génesis 11:7.

Otra vez aparecen expresiones que llaman la atención.

Uno de nosotros.

Descendamos.

No debemos construir toda la doctrina sobre estos plurales.

Pero cuando aparecen repetidamente dentro de un libro que afirma claramente que Dios es uno, debemos prestar atención.

Algo está siendo revelado.

Todavía no vemos toda la imagen.

Pero la historia está avanzando.

4. La Palabra de Dios no es una idea vacía

En la creación, Dios habla.

“Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz”.

Génesis 1:3.

El Salmo 33 declara:

“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos”.

Salmo 33:6.

Y cuando llegamos al Evangelio de Juan, leemos:

“En el principio era el Verbo”.

Juan 1:1.

Juan utiliza el lenguaje de la Palabra y nos lleva hacia la identidad del Hijo eterno.

Después dice:

“Todas las cosas por él fueron hechas”.

Juan 1:3.

La creación por la Palabra de Dios adquiere una profundidad extraordinaria cuando la leemos a la luz del Nuevo Testamento.

El Hijo no apareció como un personaje secundario al final de la historia.

El Verbo eterno estaba en el principio.

5. El Espíritu de Dios desde el principio

Génesis 1:2 dice:

“Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.

La primera página de la Biblia ya habla del Espíritu de Dios.

A lo largo del Antiguo Testamento vemos su actividad.

El Espíritu capacita.

Da sabiduría.

Fortalece.

Inspira.

Habla por medio de los profetas.

David oró:

“No quites de mí tu santo Espíritu”.

Salmo 51:11.

Isaías habló del Espíritu de Jehová.

Ezequiel experimentó su obra.

Miqueas declaró:

“Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová”.

Miqueas 3:8.

El Antiguo Testamento no presenta todavía la doctrina completa de la persona del Espíritu Santo con la claridad del Nuevo Testamento.

Pero su presencia atraviesa la historia.

6. La creación: Palabra y Espíritu

El Salmo 33:6 dice:

“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca”.

La palabra hebrea relacionada con espíritu, viento y aliento posee una riqueza de significado que aparece en diferentes contextos.

No debemos forzar cada uso para convertirlo automáticamente en una referencia explícita al Espíritu Santo.

Pero la Escritura nos presenta repetidamente a Dios creando por su Palabra y obrando por su Espíritu.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, encontramos mayor claridad.

El Padre crea por medio del Hijo.

El Espíritu da vida.

La revelación posterior no destruye la anterior.

La ilumina.

7. El misterioso Ángel de Jehová

Uno de los temas más interesantes del Antiguo Testamento es la figura del Ángel de Jehová.

La palabra ángel significa mensajero.

En algunos pasajes, el Ángel de Jehová aparece hablando en nombre de Dios de una manera extraordinaria.

Consideremos a Agar.

Génesis 16 dice que el Ángel de Jehová la encontró en el desierto.

Le habló.

Le hizo una promesa.

Y después Agar:

“Llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres Dios que ve”.

Génesis 16:13.

El texto comienza hablando del Ángel de Jehová.

Pero Agar reconoce que Dios le ha hablado.

¿Qué está ocurriendo?

Debemos seguir leyendo.

8. Moisés y la zarza

Éxodo 3 contiene otra escena extraordinaria.

El texto dice:

“Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza”.

Éxodo 3:2.

Pero unos versículos después dice:

“Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza”.

Éxodo 3:4.

Ángel de Jehová.

Jehová.

Dios.

El relato utiliza estas expresiones de una manera que ha llevado a muchos intérpretes cristianos a ver en algunas apariciones del Ángel de Jehová una manifestación divina y, posiblemente, una aparición preencarnada del Hijo.

Debemos ser cuidadosos.

No todos los ángeles son Cristo.

La Biblia nunca enseña eso.

Pero ciertos pasajes relacionados con el Ángel de Jehová presentan características únicas que merecen atención.

9. El Ángel que lleva el nombre de Dios

En Éxodo 23, Dios promete enviar un ángel delante de Israel.

Dice:

“Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde”.

Éxodo 23:21.

Luego añade una frase sorprendente:

“Porque mi nombre está en él”.

Este mensajero no es presentado de manera común.

Lleva el nombre de Dios.

Tiene autoridad extraordinaria.

Nuevamente, el texto nos invita a leer con atención.

No necesitamos afirmar más de lo que la Escritura permite.

Pero tampoco debemos pasar rápidamente sobre estas escenas.

Hay misterios que comienzan a aparecer.

10. Abraham y los visitantes

Génesis 18 comienza diciendo:

“Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre”.

Luego Abraham ve a tres varones.

La conversación que sigue es compleja.

El texto habla de Jehová.

Habla de los visitantes.

Después dos ángeles llegan a Sodoma en Génesis 19.

Este pasaje ha sido utilizado en diferentes discusiones sobre la Trinidad.

Debemos evitar afirmar que los tres visitantes representan directamente a las tres personas de la Trinidad.

El texto no dice eso.

Pero el relato sí forma parte de un patrón más amplio de manifestaciones divinas que preparan al lector para comprender que el Dios invisible puede revelarse y acercarse a la historia humana.

La encarnación será algo único.

El Hijo no simplemente aparecerá temporalmente.

Se hará carne.

11. El Señor habla al Señor

Llegamos al Salmo 110.

David escribe:

“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”.

Salmo 110:1.

Jesús utilizó este texto en una conversación con los fariseos.

Preguntó:

Si el Mesías es hijo de David, ¿cómo David lo llama Señor?

Mateo 22:41-46.

El Mesías sería descendiente de David.

Pero también sería mayor que David.

El Nuevo Testamento utiliza repetidamente el Salmo 110 para hablar de la exaltación de Cristo.

Aquí encontramos otra ventana.

El Mesías no será simplemente un rey humano más.

Su identidad será mucho más profunda.

12. El Hijo en el Salmo 2

El Salmo 2 habla de las naciones levantándose contra Jehová y contra su Ungido.

Dios dice:

“Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”.

Luego encontramos:

“Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy”.

Salmo 2:7.

Este salmo tiene un contexto real y mesiánico.

El Nuevo Testamento lo aplica a Cristo.

Hechos 13.

Hebreos 1.

Hebreos 5.

El lenguaje del Hijo comienza a ocupar un lugar central en la esperanza mesiánica.

No tenemos todavía toda la explicación.

Pero el camino está siendo preparado.

13. Isaías vio a un niño que sería llamado Dios fuerte

Isaías anunció:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado”.

Isaías 9:6.

Hasta allí podríamos pensar simplemente en un rey humano.

Pero continúa:

“Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”.

Un niño.

Un hijo.

Y títulos extraordinarios.

Dios fuerte.

¿Cómo puede entenderse esto?

La historia tendrá que avanzar.

El niño prometido llegará.

Y cuando llegue, la revelación se hará mucho más clara.

14. Emanuel: Dios con nosotros

Isaías también profetizó:

“He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”.

Isaías 7:14.

Mateo explica:

“Que traducido es: Dios con nosotros”.

Mateo 1:23.

La esperanza de Israel comienza a concentrarse en una persona.

Un descendiente.

Un Rey.

Un Siervo.

Un Hijo.

Un Emanuel.

Cuando Jesús aparezca, estas líneas comenzarán a encontrarse.

15. El Espíritu sobre el Mesías

Isaías profetizó:

“Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová”.

Isaías 11:2.

Más adelante, el Siervo declara:

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová”.

Isaías 61:1.

Observe la escena profética.

Jehová.

El Ungido.

El Espíritu de Jehová.

Cuando Jesús llegue a la sinagoga de Nazaret, leerá Isaías 61 y declarará:

“Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”.

Lucas 4:21.

La promesa estaba caminando hacia su cumplimiento.

16. Un pasaje extraordinario en Isaías

Isaías 48 contiene palabras que han provocado mucha reflexión.

En el versículo 16 leemos:

“Y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu”.

Isaías 48:16.

El contexto requiere estudio cuidadoso, y existen discusiones interpretativas sobre quién habla en diferentes partes del pasaje.

Pero para el lector cristiano, la expresión resulta notable.

Uno que habla.

Jehová el Señor que envía.

Y su Espíritu.

Nuevamente, no construimos toda la doctrina sobre un solo versículo difícil.

Pero observamos el desarrollo de un patrón.

La luz está aumentando.

17. “Contristaron a su Santo Espíritu”

Isaías dice acerca de Israel:

“Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu”.

Isaías 63:10.

El Espíritu no es presentado como electricidad.

No es una fuerza mecánica.

La rebelión del pueblo se relaciona personalmente con Él.

Más adelante el texto recuerda cómo:

“El Espíritu de Jehová los pastoreó”.

Isaías 63:14.

El Espíritu guía.

El Espíritu puede ser contristado.

El Nuevo Testamento desarrollará esta verdad con claridad.

Pablo escribirá:

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios”.

Efesios 4:30.

La historia bíblica es una sola historia.

18. La promesa de un nuevo derramamiento

Joel profetizó:

“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne”.

Joel 2:28.

Hijos.

Hijas.

Ancianos.

Jóvenes.

Siervos.

Siervas.

La promesa mira hacia un tiempo extraordinario.

Pedro, en Pentecostés, declarará:

“Esto es lo dicho por el profeta Joel”.

Hechos 2:16.

El Espíritu que estaba presente en la creación.

El Espíritu que habló por los profetas.

El Espíritu que capacitó personas.

Sería derramado de una manera nueva dentro del cumplimiento del nuevo pacto.

La historia estaba avanzando.

19. El nuevo pacto y el Espíritu

Ezequiel anunció:

“Pondré dentro de vosotros mi Espíritu”.

Ezequiel 36:27.

No se trataba solamente de nuevas reglas externas.

Dios prometía transformación interior.

Corazón nuevo.

Espíritu nuevo.

Su Espíritu dentro de su pueblo.

Esto prepara el camino para comprender las palabras de Jesús acerca del nuevo nacimiento.

Y también para comprender Pentecostés.

La obra del Espíritu Santo no es un tema secundario del cristianismo.

Está dentro de la promesa del nuevo pacto.

20. La sabiduría de Dios

El libro de Proverbios presenta a la sabiduría de una manera poética y personificada.

Proverbios 8 ha sido objeto de mucha discusión en la historia cristiana.

Algunos han intentado relacionarlo directamente con el Hijo.

Otros advierten correctamente que el género literario presenta una personificación de la sabiduría.

Debemos ser cuidadosos.

No necesitamos usar textos de manera forzada para defender la divinidad de Cristo.

El Nuevo Testamento ya la enseña claramente.

Sin embargo, la Escritura prepara una categoría importante:

La sabiduría de Dios no es una simple habilidad humana.

Y cuando llegamos al Nuevo Testamento, Pablo llama a Cristo:

“Poder de Dios, y sabiduría de Dios”.

1 Corintios 1:24.

La revelación continúa avanzando.

21. Daniel ve al Hijo del Hombre

Daniel tuvo una visión.

Dijo:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre”.

Daniel 7:13.

Este personaje llega ante el Anciano de días.

Y recibe:

“Dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran”.

Daniel 7:14.

Su dominio es eterno.

Su reino no será destruido.

Jesús utilizará constantemente el título:

Hijo del Hombre.

No era simplemente una manera de decir que era humano.

El título está conectado con esta visión gloriosa de Daniel.

Cuando Jesús habló de sí mismo como el Hijo del Hombre, estaba llevando a sus oyentes hacia una identidad mucho mayor de lo que muchos imaginaban.

22. El Antiguo Testamento crea una expectativa

Llegados a este punto, imaginemos que solamente tenemos el Antiguo Testamento.

¿Qué sabemos?

Hay un solo Dios.

Dios creó por su palabra.

El Espíritu de Dios obra desde la creación.

Existen manifestaciones misteriosas del Ángel de Jehová.

Hay un Señor a la diestra de Jehová.

Hay un Hijo prometido.

Hay un niño llamado Dios fuerte.

Hay un Emanuel.

Hay un Mesías sobre quien reposa el Espíritu.

Hay un Hijo del Hombre que recibe un reino eterno.

Hay una promesa de derramamiento del Espíritu.

La historia está esperando algo.

O mejor dicho:

está esperando a Alguien.

23. Entonces llegó Jesús

Después de siglos de promesas, genealogías, profetas, reyes, sacerdotes, sacrificios y expectativas, Mateo comienza su Evangelio:

“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”.

Mateo 1:1.

La historia continúa.

El prometido ha llegado.

Pero muy pronto descubriremos que no ha llegado solo un descendiente de David.

Juan dirá:

“Y aquel Verbo fue hecho carne”.

Juan 1:14.

Tomás dirá:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Pedro confesará:

“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Mateo 16:16.

Y entonces, en el Jordán, veremos al Hijo en el agua.

Al Espíritu descendiendo.

Y escucharemos la voz del Padre.

La luz que había ido creciendo a lo largo de la historia ahora brillará con una claridad extraordinaria.

24. No debemos leer el Antiguo Testamento como si el Nuevo no existiera

Hay dos errores que debemos evitar.

El primero es introducir la Trinidad artificialmente en cada versículo del Antiguo Testamento.

Eso no es interpretación responsable.

El segundo es leer el Antiguo Testamento como si nunca hubiera llegado Cristo.

Eso tampoco es lectura cristiana de toda la Escritura.

Jesús dijo:

“Escudriñad las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí”.

Juan 5:39.

Después de la resurrección, explicó a los discípulos lo que las Escrituras decían acerca de Él.

Lucas 24.

Leemos cada texto respetando su contexto.

Pero también reconocemos que toda la historia bíblica avanza hacia Cristo y alcanza mayor claridad en Él.

25. Dios preparó a su pueblo para recibir una revelación mayor

Dios pudo haber entregado toda la revelación en un solo momento.

Pero escogió actuar dentro de la historia.

Llamó a Abraham.

Formó un pueblo.

Dio la Ley.

Levantó profetas.

Estableció figuras.

Hizo promesas.

Preparó expectativas.

Y en el cumplimiento del tiempo envió a su Hijo.

Pablo escribió:

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo”.

Gálatas 4:4.

Cumplimiento del tiempo.

La historia tenía dirección.

La revelación tenía propósito.

Dios estaba preparando el camino.

REFLEXIÓN FINAL

La Trinidad no apareció repentinamente como una idea extraña añadida siglos después a la fe bíblica.

La revelación tiene una historia.

El Antiguo Testamento estableció con firmeza que hay un solo Dios.

Y, al mismo tiempo, dejó líneas de revelación que solamente alcanzarían plena claridad con la venida de Cristo y el derramamiento del Espíritu Santo.

No debemos forzar las huellas.

Pero tampoco debemos borrarlas.

Dios habló.

Dios actuó.

Dios prometió.

La Palabra creó.

El Espíritu se movió.

El Mesías fue anunciado.

El Hijo fue prometido.

El Siervo fue esperado.

El Rey venía.

Y cuando llegó el cumplimiento del tiempo, el misterio comenzó a abrirse delante de los ojos humanos de una manera extraordinaria.

Oremos:

**Dios verdadero, gracias porque no nos dejaste en oscuridad.
Te revelaste progresivamente en la historia y nos diste tu Palabra para conocerte.
Danos sabiduría para no forzar las Escrituras, pero también ojos para contemplar la unidad de tu revelación.
Enséñanos a ver a Cristo en el centro de la historia redentora y a reconocer la obra del Espíritu Santo desde la creación hasta el cumplimiento del nuevo pacto.
Guárdanos del error, de la especulación y del orgullo.
Que cada verdad que aprendamos nos lleve a una adoración más profunda y a una obediencia más fiel.
En el nombre de Jesús. Amén.**

Ahora ha llegado el momento de caminar hasta el río Jordán.

Porque allí, en una sola escena, el Padre hablará desde el cielo, el Hijo estará en las aguas y el Espíritu Santo descenderá.

Ya no estaremos observando solamente huellas.

La revelación comenzará a mostrarse con una claridad imposible de ignorar.

CAPÍTULO 3

EL DÍA EN QUE EL CIELO SE ABRIÓ: EL PADRE HABLA, EL HIJO OBEDECE Y EL ESPÍRITU DESCIENDE

Una escena que no podemos leer rápido

Hay pasajes de la Biblia que hemos escuchado tantas veces que corremos el peligro de leerlos sin detenernos.

El bautismo de Jesús es uno de ellos.

Lo mencionamos.

Lo enseñamos.

Lo hemos visto representado en imágenes.

Pero pocas veces nos detenemos a contemplar todo lo que está ocurriendo en esa escena.

Jesús llega al Jordán.

Juan está bautizando.

El pueblo viene confesando pecados.

Juan llama al arrepentimiento.

El ambiente está cargado de expectativa.

Israel espera.

Los profetas habían hablado.

El Reino se está acercando.

Y entonces aparece Jesús.

Juan entiende que algo no encaja.

Él bautiza a pecadores arrepentidos.

Pero delante de él está el Cordero sin pecado.

Juan intenta impedirlo y dice:

“Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”

Mateo 3:14.

Jesús responde:

“Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”.

Mateo 3:15.

Jesús no entra al agua porque necesite arrepentimiento.

Entra en obediencia.

Entra identificándose con el pueblo que vino a salvar.

Entra como el Siervo obediente.

Entra en el camino que lo llevará finalmente a la cruz.

Y cuando sale del agua, ocurre algo extraordinario:

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él.
Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Mateo 3:16-17.

El Hijo está en el agua.

El Espíritu desciende.

El Padre habla.

No podemos leer esa escena rápido.

1. El Hijo está en obediencia

Jesús no comienza su ministerio público buscando plataforma.

No llega anunciando su grandeza con orgullo humano.

No se presenta con espectáculo.

Se acerca al Jordán.

Se coloca en el lugar de los que vienen al bautismo.

Aunque Él no tiene pecado, se identifica con aquellos a quienes vino a salvar.

Esto nos muestra algo acerca del Hijo.

El Hijo eterno no vino a hacer su propia voluntad separada del Padre.

Vino en obediencia perfecta.

Más adelante dirá:

“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”.

Juan 4:34.

También dirá:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Juan 6:38.

Esto no significa que el Hijo sea inferior en naturaleza al Padre.

Significa que, en la obra de la redención, el Hijo vino voluntariamente como enviado, siervo y mediador.

La obediencia del Hijo no disminuye su divinidad.

Revela la belleza de su misión.

2. El Padre habla desde el cielo

La voz del Padre declara:

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Mateo 3:17.

No dice:

“Este es una apariencia temporal de mí mismo”.

No dice:

“Este es simplemente un profeta más”.

No dice:

“Este es una criatura elevada”.

Dice:

Mi Hijo amado.

Hay relación.

Hay amor.

Hay complacencia.

El Padre se deleita en el Hijo.

Estas palabras nos llevan a textos del Antiguo Testamento.

El Salmo 2 habla del Hijo real:

“Mi Hijo eres tú”.

Salmo 2:7.

Isaías habla del Siervo en quien Dios se complace:

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento”.

Isaías 42:1.

En el bautismo de Jesús, esas líneas comienzan a encontrarse.

Jesús es el Hijo amado.

Jesús es el Siervo obediente.

Jesús es el Rey prometido.

3. El Espíritu desciende

Mateo dice que el Espíritu de Dios descendía como paloma y venía sobre Él.

Esto no significa que Jesús antes de ese momento no tuviera relación con el Espíritu.

Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo.

Lucas dice que Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto.

Lucas 4:1.

Después regresó en el poder del Espíritu.

Lucas 4:14.

En la sinagoga leyó:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido”.

Lucas 4:18.

El descenso del Espíritu en el bautismo marca el inicio público de su ministerio mesiánico.

El Mesías prometido es ungido.

No por aceite como los reyes antiguos.

Sino por el Espíritu Santo.

4. Una escena contra el modalismo

Uno de los errores antiguos acerca de Dios enseña que Padre, Hijo y Espíritu Santo no son personas distintas, sino modos o manifestaciones temporales de una sola persona.

Según esa idea, Dios aparece a veces como Padre, luego como Hijo y luego como Espíritu.

Pero el bautismo de Jesús hace muy difícil sostener ese error.

En la escena no vemos una sola persona cambiando de máscara.

Vemos al Hijo en el agua.

Al Espíritu descendiendo sobre Él.

Al Padre hablando desde el cielo.

La distinción es real.

El Padre no es el Hijo.

El Hijo no es el Espíritu.

El Espíritu no es el Padre.

Y, sin embargo, no estamos viendo tres dioses.

Estamos viendo la revelación del único Dios trino en la historia de la redención.

5. Una escena contra el arrianismo

Otro error antiguo enseñó que el Hijo no era eterno ni plenamente Dios, sino una criatura exaltada.

Pero la voz del Padre no presenta a Jesús como un siervo creado cualquiera.

Lo llama:

Mi Hijo amado.

Y el resto del Nuevo Testamento deja claro que este Hijo comparte la gloria divina.

Juan dice:

“El Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Pablo dice que en Cristo:

“Habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”.

Colosenses 2:9.

Hebreos dice que el Hijo es:

“El resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”.

Hebreos 1:3.

El bautismo no nos da toda la doctrina en una sola escena, pero nos muestra al Hijo ocupando un lugar único y divino dentro del plan de Dios.

6. El Padre ama al Hijo

La frase “Hijo amado” no comienza en el Jordán.

Como vimos, Jesús dijo:

“Me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Juan 17:24.

El amor entre el Padre y el Hijo es eterno.

En el bautismo, esa relación eterna se declara dentro de la historia.

El Padre se complace en el Hijo.

El Hijo obedece al Padre.

El Espíritu desciende sobre el Hijo.

La salvación no nace de conflicto dentro de Dios.

Nace de la comunión perfecta y del propósito eterno del Dios trino.

7. La obediencia del Hijo nos salva

Adán desobedeció.

Israel muchas veces desobedeció.

Nosotros hemos desobedecido.

Pero Jesús vino como el Hijo obediente.

Después del bautismo será llevado al desierto.

Allí enfrentará tentación.

Donde Adán falló en el jardín, Cristo vencerá en el desierto.

Donde Israel murmuró en el desierto, Cristo responderá:

“Escrito está”.

La obediencia de Jesús no es un detalle menor.

Pablo enseña:

“Por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”.

Romanos 5:19.

Cristo obedeció donde nosotros fallamos.

Su obediencia culminó en la cruz.

Filipenses dice:

“Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Filipenses 2:8.

En el Jordán vemos el comienzo público de ese camino de obediencia.

8. El Espíritu unge para la misión

Jesús no realiza su ministerio terrenal separado de la obra del Espíritu.

Esto es muy importante.

A veces pensamos en Jesús solamente desde su divinidad, y olvidamos que como verdadero hombre vivió en perfecta dependencia del Padre y en el poder del Espíritu Santo.

Pedro predicó:

“Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo”.

Hechos 10:38.

Jesús fue ungido.

Hizo bienes.

Sanó oprimidos.

Sirvió en el poder del Espíritu.

Esto nos enseña que la vida ministerial no puede depender de fuerza humana.

Si el Hijo encarnado sirvió en el poder del Espíritu, ¿cómo pretendemos nosotros servir sin depender del Espíritu Santo?

9. El Padre confirma al Hijo antes de los aplausos humanos

Antes de que Jesús predicara a las multitudes.

Antes de los milagros públicos.

Antes de que muchos lo siguieran.

Antes de que las personas hablaran de Él.

El Padre declaró:

Este es mi Hijo amado.

La identidad del Hijo no dependía de la respuesta del público.

Esto también debe hablar a nuestra vida.

Muchas personas buscan identidad en el reconocimiento.

Necesitan que otros los aplaudan para sentirse valiosos.

Necesitan resultados visibles para sentirse aprobados.

Pero Jesús recibe la declaración del Padre antes de comenzar su ministerio público.

En Cristo, el creyente también necesita aprender a vivir desde la identidad recibida, no desde la aprobación conquistada.

Somos aceptados en el Amado.

No servimos para ser hijos.

Servimos porque, en Cristo, hemos sido adoptados.

10. Del Jordán al desierto

Inmediatamente después del bautismo, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.

Esto es sorprendente.

Uno podría pensar:

Después de una experiencia tan gloriosa, debería venir comodidad inmediata.

Pero viene desierto.

La presencia del Espíritu no significa ausencia de batalla.

La afirmación del Padre no significa ausencia de tentación.

Jesús acaba de escuchar:

Hijo amado.

Y Satanás comenzará diciendo:

“Si eres Hijo de Dios...”

Mateo 4:3.

El enemigo ataca la identidad.

Lo hizo con Jesús en el desierto.

Lo hace con los creyentes.

“Si eres hijo...”

“Si Dios te ama...”

“Si realmente tienes llamado...”

“Si Dios está contigo...”

Jesús venció permaneciendo en la Palabra.

El Hijo amado no necesitaba demostrar su identidad obedeciendo la voz del tentador.

11. La Trinidad y nuestra identidad

El bautismo de Jesús también nos ayuda a comprender nuestra propia vida cristiana.

El Padre nos adopta.

El Hijo nos redime.

El Espíritu nos da testimonio de que somos hijos de Dios.

Pablo escribió:

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15.

Y añade:

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Romanos 8:16.

Nuestra identidad cristiana es trinitaria.

No somos simplemente personas que adoptaron una religión.

Somos hijos del Padre por medio del Hijo, sellados y habitados por el Espíritu Santo.

12. La Trinidad y el bautismo cristiano

Jesús mandó bautizar:

“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

Mateo 28:19.

El bautismo cristiano no es un rito vacío.

Es una señal de pertenencia.

Entramos públicamente bajo el nombre del Dios trino.

No somos bautizados en los nombres, como si fueran tres autoridades separadas.

Sino en el nombre.

Un solo nombre.

Padre.

Hijo.

Espíritu Santo.

Esto muestra que la Trinidad no es una doctrina marginal.

Está en la puerta misma del discipulado cristiano.

13. La Trinidad y la misión

En Mateo 28, la revelación trinitaria está conectada con la misión.

Toda autoridad pertenece a Cristo.

Los discípulos deben ir.

Hacer discípulos.

Bautizar.

Enseñar.

Y Cristo promete estar con ellos hasta el fin.

La misión no es una idea humana.

Nace del Dios que envía.

El Padre envió al Hijo.

El Padre y el Hijo envían el Espíritu.

Cristo envía a la Iglesia.

El Espíritu capacita a los testigos.

Por eso una Iglesia trinitaria debe ser una Iglesia misionera.

Si el Dios que adoramos es el Dios que envía, entonces el pueblo que le pertenece no puede vivir encerrado en sí mismo.

14. La Trinidad y la oración

El bautismo de Jesús muestra relación, comunión y deleite entre el Padre, el Hijo y el Espíritu.

La oración cristiana nos introduce en esa realidad.

No oramos al vacío.

Oramos al Padre.

Venimos por medio del Hijo.

Somos ayudados por el Espíritu.

Efesios dice:

“Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Efesios 2:18.

Este versículo resume la vida cristiana de una manera preciosa.

Por medio de Cristo.

En el Espíritu.

Al Padre.

15. La Trinidad y la adoración

En el Jordán, el cielo se abre.

El Padre habla.

El Hijo es revelado.

El Espíritu desciende.

Esta escena debe llevarnos a adorar.

No adoramos a un dios distante y desconocido.

Adoramos al Padre que se revela.

Al Hijo que obedece y salva.

Al Espíritu que unge, llena y guía.

La adoración cristiana no es genérica.

Es profundamente trinitaria.

No cantamos a una fuerza impersonal.

No adoramos una idea religiosa.

Adoramos al Dios vivo.

16. Una advertencia para la enseñanza cristiana

Todo maestro cristiano debe enseñar esta doctrina con cuidado.

No debemos usar ilustraciones que terminan confundiendo más.

No debemos decir que la Trinidad es como una persona que es padre, hijo y esposo.

Eso puede parecer útil, pero conduce hacia el modalismo.

No debemos decir que es como un huevo con cáscara, clara y yema.

Eso divide a Dios en partes.

No debemos decir que son tres dioses unidos por amor.

Eso es triteísmo.

Es mejor decir con humildad:

La Trinidad no es igual a nada creado.

Podemos explicar lo que la Biblia afirma.

Podemos rechazar lo que la Biblia niega.

Podemos adorar aunque no agotemos el misterio.

17. El Jordán como escuela de humildad

El bautismo de Jesús nos enseña humildad.

Juan el Bautista reconoce que no es digno.

Jesús se humilla en obediencia.

El Padre exalta al Hijo.

El Espíritu desciende sobre el Siervo.

Todo en la escena destruye el orgullo humano.

El ministerio verdadero nace de obediencia, no de ambición.

Juan dice:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”.

Juan 3:30.

Esa debería ser la actitud de todo siervo.

Que Cristo crezca.

Que nosotros mengüemos.

La doctrina trinitaria no debe producir debates orgullosos.

Debe producir ministros más humildes.

18. El Hijo amado fue hacia la cruz

La voz del Padre declara complacencia.

Pero el camino del Hijo amado no evita el sufrimiento.

El Hijo amado irá al desierto.

Será rechazado.

Será calumniado.

Será traicionado.

Será crucificado.

Esto rompe una idea superficial.

Ser amado por Dios no significa que nunca habrá dolor.

Jesús es el Hijo amado.

Y va hacia la cruz.

Pero el sufrimiento no contradice el amor del Padre ni la obediencia del Hijo.

Dentro del propósito redentor de Dios, el camino de gloria pasa por la cruz.

También nosotros debemos aprender que la obediencia no siempre nos lleva por caminos cómodos.

Pero sí nos lleva por caminos donde Dios cumple su propósito.

19. El cielo abierto anuncia una nueva etapa

En el Jordán, el cielo se abre.

Eso anuncia que algo decisivo está ocurriendo.

El Mesías ha llegado.

El Reino se acerca.

El Espíritu reposa sobre el Ungido.

El Padre identifica al Hijo.

La historia de la redención entra en una etapa nueva.

Lo que los profetas anunciaron comienza a cumplirse públicamente.

Y desde ese momento, los Evangelios nos llevarán a mirar a Jesús.

Sus palabras.

Sus obras.

Su autoridad.

Su compasión.

Su santidad.

Su relación con el Padre.

Su poder en el Espíritu.

Todo nos conducirá a una comprensión más profunda de quién es Dios.

REFLEXIÓN FINAL

El bautismo de Jesús es mucho más que el inicio formal de su ministerio público.

Es una ventana abierta a la revelación del Dios trino.

El Padre habla.

El Hijo obedece.

El Espíritu desciende.

Hay distinción.

Hay comunión.

Hay misión.

Hay amor.

Hay propósito redentor.

No vemos tres dioses.

No vemos una sola persona actuando con tres disfraces.

Vemos la revelación histórica del único Dios verdadero: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Esta escena nos llama a adorar.

Nos llama a rechazar errores.

Nos llama a vivir desde nuestra identidad en Cristo.

Nos llama a depender del Espíritu.

Nos llama a obedecer al Padre.

Nos llama a entrar en la misión.

Oremos:

Padre amado, gracias porque hablaste desde el cielo y nos revelaste a tu Hijo amado.
Señor Jesús, gracias por tu obediencia perfecta y por entrar en el camino que te llevó hasta la cruz por nuestra salvación.
Espíritu Santo, gracias por descender, ungir, guiar y capacitar para la misión.
Enséñanos a vivir como hijos amados en Cristo, no buscando identidad en los aplausos humanos, sino descansando en tu gracia.
Guárdanos de errores que distorsionan tu naturaleza.
Haznos humildes, obedientes y llenos del Espíritu para cumplir la misión que nos has encomendado.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo contemplaremos más profundamente al Hijo.

Porque la pregunta que Jesús hizo a sus discípulos sigue siendo la pregunta decisiva para cada generación:

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

CAPÍTULO 4

EL HIJO ETERNO: MÁS QUE UN MAESTRO, MÁS QUE UN PROFETA

La pregunta que nadie puede evitar

Jesús hizo muchas preguntas durante su ministerio.

Algunas confrontaban.

Otras abrían el corazón.

Otras exponían la incredulidad.

Otras llevaban a las personas a mirar más profundo.

Pero hay una pregunta que sigue atravesando la historia:

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Mateo 16:15.

Esa pregunta no fue solamente para Pedro y los demás discípulos.

Es una pregunta para toda generación.

Para todo estudiante.

Para todo predicador.

Para todo teólogo.

Para todo creyente.

Para todo escéptico.

Para toda iglesia.

¿Quién es Jesús?

No basta decir que fue un gran maestro.

No basta decir que fue un profeta admirable.

No basta decir que fue un ejemplo moral.

No basta decir que fue un hombre usado por Dios.

La Biblia presenta algo mucho mayor.

Jesús es el Hijo eterno de Dios.

Verdadero Dios.

Verdadero hombre.

El Verbo hecho carne.

El único Mediador.

El Salvador.

El Señor.

1. Lo que la gente decía de Jesús

Cuando Jesús preguntó:

“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”

Los discípulos respondieron:

“Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas”.

Mateo 16:13-14.

Observe que la gente no estaba diciendo cosas pequeñas.

Lo colocaban entre figuras importantes.

Juan el Bautista.

Elías.

Jeremías.

Un profeta.

Pero una opinión alta sobre Jesús puede seguir siendo insuficiente si no reconoce quién es realmente.

Muchas personas hoy hacen algo parecido.

Dicen:

“Jesús fue un gran líder”.

“Jesús fue un maestro de amor”.

“Jesús fue un revolucionario”.

“Jesús fue un ejemplo de compasión”.

“Jesús fue un profeta”.

Pero Jesús no nos permite quedarnos solamente allí.

Él pregunta:

¿Quién decís que soy yo?

2. La confesión de Pedro

Pedro respondió:

“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Mateo 16:16.

Esta confesión es central.

Jesús no es simplemente un enviado más.

Es el Cristo.

El Mesías prometido.

El Hijo del Dios viviente.

Jesús respondió:

“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”.

Mateo 16:17.

La identidad de Cristo no se descubre completamente por intuición humana.

Necesitamos revelación.

Podemos estudiar historia.

Podemos analizar textos.

Podemos escuchar opiniones.

Pero para confesar verdaderamente a Cristo, necesitamos que Dios abra nuestros ojos.

3. El Verbo hecho carne

Juan escribió:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

Esta frase es una de las más grandes de toda la Biblia.

El Verbo eterno no dejó de ser Dios.

Tomó naturaleza humana.

No aparentó ser humano.

No se disfrazó.

No vino como fantasma.

Se hizo carne.

Tuvo hambre.

Tuvo sed.

Se cansó.

Lloró.

Creció.

Aprendió obediencia en su experiencia humana.

Fue tentado, pero sin pecado.

El Hijo eterno entró en nuestra historia para redimirnos desde dentro de nuestra humanidad.

4. Verdadero Dios

La divinidad de Cristo no es una doctrina secundaria.

Si Cristo no es Dios, no puede salvarnos como Salvador eterno.

Juan dice:

“El Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Tomás dijo al Cristo resucitado:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Pablo escribió:

“En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”.

Colosenses 2:9.

Hebreos dice que el Hijo es:

“El resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”.

Hebreos 1:3.

Jesús no es una criatura exaltada.

No es un ángel superior.

No es un dios menor.

Es Dios el Hijo.

Eterno.

Divino.

Digno de adoración.

5. Verdadero hombre

Pero también debemos afirmar con la misma fuerza:

Jesús es verdadero hombre.

Juan advierte contra quienes niegan que Jesucristo ha venido en carne.

1 Juan 4:2-3.

Si Cristo no asumió verdadera humanidad, entonces no nos representó verdaderamente.

No murió verdaderamente en nuestra naturaleza.

No fue tentado como nosotros.

No obedeció como el segundo Adán.

Pero la Escritura enseña que Jesús participó de carne y sangre.

Hebreos dice:

“Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo”.

Hebreos 2:14.

Jesús no salvó a la humanidad desde lejos.

Entró en nuestra condición humana, sin pecado, para redimirnos.

6. Una persona, dos naturalezas

Aquí debemos hablar con cuidado.

Jesucristo es una sola persona.

No dos personas viviendo en un mismo cuerpo.

Es el Hijo eterno de Dios que tomó naturaleza humana.

En Cristo hay dos naturalezas: divina y humana.

Sin confusión.

Sin cambio.

Sin división.

Sin separación.

No mezclamos las naturalezas para crear algo intermedio.

No dividimos a Cristo en dos sujetos.

El que nació de María es el Hijo eterno encarnado.

El que lloró en la tumba de Lázaro es el mismo que dijo:

“Yo soy la resurrección y la vida”.

Juan 11:25.

El que tuvo sed en la cruz es el mismo por quien fueron creadas todas las cosas.

Este misterio debe llevarnos a adoración.

7. Jesús perdonó pecados

En Marcos 2, unos hombres llevaron a un paralítico ante Jesús.

Jesús le dijo:

“Hijo, tus pecados te son perdonados”.

Marcos 2:5.

Los escribas pensaron:

“¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”

Marcos 2:7.

La pregunta era correcta.

Solo Dios puede perdonar pecados en sentido último.

Jesús entonces sanó al paralítico para mostrar que tenía autoridad en la tierra para perdonar pecados.

No estaba actuando como un simple maestro religioso.

Estaba revelando autoridad divina.

8. Jesús recibió adoración

Después de caminar sobre el mar y calmar el viento, los discípulos lo adoraron diciendo:

“Verdaderamente eres Hijo de Dios”.

Mateo 14:33.

Después de la resurrección, las mujeres lo adoraron.

Mateo 28:9.

Los discípulos lo adoraron.

Mateo 28:17.

En la Biblia, la adoración pertenece a Dios.

Los ángeles fieles rechazan adoración.

Los apóstoles rechazan adoración.

Pero Jesús la recibe.

¿Por qué?

Porque es digno.

9. Jesús y el nombre divino

Jesús dijo:

“Antes que Abraham fuese, yo soy”.

Juan 8:58.

Sus oyentes entendieron la gravedad de sus palabras y tomaron piedras.

Jesús estaba usando un lenguaje que apuntaba a una identidad divina.

También dijo:

“Yo y el Padre uno somos”.

Juan 10:30.

No estaba diciendo que Él y el Padre son la misma persona.

Estaba afirmando una unidad profunda que sus oyentes comprendieron como una afirmación de igualdad con Dios.

La divinidad de Cristo no fue una invención tardía.

Está en el testimonio del Nuevo Testamento.

10. Jesús revela al Padre

Felipe dijo:

“Señor, muéstranos el Padre”.

Jesús respondió:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Juan 14:9.

Esto no significa que el Hijo sea el Padre.

Significa que el Hijo revela perfectamente al Padre.

Hebreos dice que el Hijo es la imagen misma de su sustancia.

Colosenses dice:

“Él es la imagen del Dios invisible”.

Colosenses 1:15.

Si queremos conocer cómo es Dios, miramos a Jesucristo.

Su santidad.

Su compasión.

Su autoridad.

Su verdad.

Su misericordia.

Su firmeza.

Su amor.

En Cristo, Dios se nos ha dado a conocer.

11. Jesús es el único Mediador

Pablo escribió:

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”.

1 Timoteo 2:5.

Jesús puede ser Mediador porque es verdadero Dios y verdadero hombre.

Como Dios, revela al Padre y tiene poder para salvar.

Como hombre, representa a la humanidad.

No hay otro mediador suficiente.

No los santos.

No los ángeles.

No los líderes religiosos.

No nuestras obras.

No nuestras experiencias.

Cristo es el único Mediador.

12. Jesús es Señor

La confesión cristiana primitiva declara:

“Jesús es el Señor”.

Romanos 10:9.

Esto no es una frase pequeña.

Decir que Jesús es Señor significa reconocer su autoridad.

Sobre nuestra vida.

Nuestra familia.

Nuestro cuerpo.

Nuestro dinero.

Nuestro ministerio.

Nuestra doctrina.

Nuestra misión.

No podemos recibir a Jesús como Salvador y rechazarlo como Señor.

El Cristo que salva también gobierna.

13. El Hijo y el Padre: distinción sin separación

Jesús ora al Padre.

Jesús es enviado por el Padre.

Jesús obedece al Padre.

Jesús vuelve al Padre.

Todo esto muestra distinción.

El Hijo no es el Padre.

Pero Jesús también dice:

“El Padre en mí, y yo en el Padre”.

Juan 10:38.

Hay comunión perfecta.

Unidad de esencia.

Unidad de propósito.

Unidad de obra.

Debemos evitar dos errores.

Confundir al Padre y al Hijo como si fueran la misma persona.

O separarlos como si fueran dos dioses.

La Escritura nos enseña a mantener unidad y distinción.

14. El Hijo y el Espíritu Santo

Jesús prometió enviar el Espíritu Santo.

Dijo:

“Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre”.

Juan 15:26.

El Espíritu da testimonio de Cristo.

Glorifica a Cristo.

Aplica la obra de Cristo.

Nos une a Cristo.

Esto muestra que la obra del Hijo y la obra del Espíritu no compiten.

El Espíritu no nos distrae de Jesús.

Nos conduce a Él.

Donde el Espíritu obra verdaderamente, Cristo es exaltado.

15. El Hijo en la creación y en la nueva creación

Colosenses dice que todo fue creado por medio de Cristo y para Cristo.

Pero Cristo también es cabeza de una nueva creación.

Pablo escribió:

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”.

2 Corintios 5:17.

El Hijo eterno no solamente creó el mundo.

También redime.

Recrea.

Restaura.

Forma una nueva humanidad.

La salvación no es simplemente recibir perdón legal.

Es ser unido a Cristo y participar de una nueva vida.

16. El Hijo humillado y exaltado

Filipenses 2 presenta el descenso y la exaltación de Cristo.

Siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se humilló.

Tomó forma de siervo.

Se hizo semejante a los hombres.

Fue obediente hasta la muerte.

Y muerte de cruz.

Luego Dios lo exaltó hasta lo sumo.

Y le dio un nombre que es sobre todo nombre.

Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla.

Filipenses 2:6-11.

El camino de Cristo fue humildad antes de exaltación.

Cruz antes de corona.

Y ese camino forma también a sus discípulos.

17. El Hijo y nuestra salvación

Cristo no vino simplemente a enseñar valores.

Vino a salvar pecadores.

Jesús dijo:

“El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”.

Lucas 19:10.

Si Jesús fuera solamente maestro, nuestro problema sería falta de información.

Pero nuestro problema es pecado, muerte y separación de Dios.

Necesitamos Salvador.

Cristo murió por nuestros pecados.

Resucitó.

Ascendió.

Intercede.

Volverá.

La persona de Cristo y la obra de Cristo no pueden separarse.

Solo porque Él es quien es, puede hacer lo que hizo.

18. El Hijo y la adoración de la Iglesia

La Iglesia canta a Cristo.

Ora en su nombre.

Predica su cruz.

Celebra su resurrección.

Espera su venida.

Muere confesando su señorío.

Esto no es idolatría porque Cristo es Dios.

Apocalipsis muestra adoración al Cordero:

“El Cordero que fue inmolado es digno”.

Apocalipsis 5:12.

El cielo adora al Cordero.

La Iglesia debe hacerlo también.

19. Negar al Hijo cambia todo

Juan escribió:

“Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre”.

1 Juan 2:23.

No se puede honrar verdaderamente al Padre rechazando al Hijo.

Jesús dijo:

“Nadie viene al Padre, sino por mí”.

Juan 14:6.

Esta afirmación es exclusiva.

Y en nuestra época puede resultar incómoda.

Pero no tenemos autoridad para cambiarla.

Cristo no es un camino más entre muchos.

Es el camino.

20. La pregunta vuelve a nosotros

Después de recorrer estos textos, la pregunta de Jesús sigue en pie:

¿Quién decís que soy yo?

No basta decir:

“Mi familia cree”.

“Mi iglesia enseña”.

“Mi cultura respeta a Jesús”.

La pregunta llega personalmente.

¿Quién es Jesús para usted?

Si es verdaderamente el Hijo eterno, entonces debe ser adorado.

Si es Señor, debe ser obedecido.

Si es Salvador, debemos confiar en Él.

Si es Mediador, no busquemos otro.

Si es Rey, rindamos nuestra vida.

REFLEXIÓN FINAL

Jesús es más que un maestro.

Más que un profeta.

Más que un ejemplo moral.

Más que un líder religioso.

Es el Hijo eterno de Dios.

El Verbo hecho carne.

Verdadero Dios y verdadero hombre.

El único Mediador.

El Salvador.

El Señor.

El Cordero digno.

El Rey que volverá.

La Iglesia no puede rebajar a Cristo para hacerlo más aceptable a una cultura confundida.

Debemos predicarlo como la Escritura lo revela.

Con humildad.

Con amor.

Con valentía.

Con adoración.

Oremos:

Señor Jesucristo, reconozco que eres más grande que cualquier explicación humana.
Eres el Hijo eterno, el Verbo hecho carne, mi Salvador y mi Señor.

Perdóname por las veces que te he tratado solamente como ayuda para mis planes, y no como Rey de mi vida.
Afirma mi fe en tu divinidad, en tu humanidad verdadera, en tu obra perfecta y en tu señorío.
Que mi vida te adore, mi boca te confiese, mi corazón te obedezca y mi misión te anuncie.
En tu nombre poderoso. Amén.

CAPÍTULO 5

EL ESPÍRITU SANTO: MÁS QUE UNA FUERZA, UNA PERSONA DIVINA

El gran olvidado por unos y el gran mal entendido por otros

Hay creyentes que casi nunca hablan del Espíritu Santo.

Hablan del Padre.

Hablan de Jesús.

Hablan de la Biblia.

Hablan de la Iglesia.

Pero el Espíritu Santo aparece como si fuera un tema secundario.

Y hay otros que hablan mucho del Espíritu Santo, pero de una manera confusa.

Lo presentan como una energía.

Como una emoción.

Como una atmósfera.

Como una sensación.

Como una fuerza que se puede manipular.

Ambos extremos son peligrosos.

El Espíritu Santo no debe ser ignorado.

Y tampoco debe ser distorsionado.

La Biblia lo presenta como **una persona divina**.

Él habla.

Guía.

Enseña.

Convence.

Intercede.

Reparte dones.

Puede ser entristecido.

Puede ser resistido.

Puede ser mentido.

Y, al mismo tiempo, es plenamente Dios.

1. El Espíritu Santo no es una energía

Una energía no habla.

No enseña.

No guía.

No se entristece.

No intercede.

Pero Jesús dijo:

“Él os enseñará todas las cosas”.

Juan 14:26.

Pablo escribió:

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios”.

Efesios 4:30.

El Espíritu Santo no es “algo”.

Es alguien.

No es una fuerza para usar.

Es Dios, y nosotros debemos rendirnos a Él.

2. El Espíritu Santo es Dios

En Hechos 5, Pedro confrontó a Ananías:

“¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?”

Luego dijo:

“No has mentido a los hombres, sino a Dios”.

Hechos 5:3-4.

Mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios.

Esto es serio.

El Espíritu Santo no es inferior.

No es creado.

No es un ayudante menor.

Es Dios.

3. El Espíritu Santo estuvo desde el principio

Génesis dice:

“Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.

Génesis 1:2.

El Espíritu no comenzó en Pentecostés.

Pentecostés fue un derramamiento histórico y poderoso, pero no el inicio de su existencia.

Él es eterno.

Hebreos habla de Cristo ofreciéndose:

“Mediante el Espíritu eterno”.

Hebreos 9:14.

El Espíritu Santo es eterno porque es Dios.

4. El Espíritu convence de pecado

Jesús dijo:

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”.

Juan 16:8.

Nadie se convierte verdaderamente solo por presión humana.

Podemos predicar.

Podemos explicar.

Podemos evangelizar.

Podemos escribir.

Pero el corazón necesita la obra del Espíritu Santo.

Él convence.

Él despierta.

Él muestra la necesidad de Cristo.

Por eso el evangelismo necesita Palabra y Espíritu.

5. El Espíritu produce nuevo nacimiento

Jesús dijo a Nicodemo:

“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”.

Juan 3:5.

La vida cristiana no comienza por reforma externa.

Comienza por nuevo nacimiento.

El Espíritu Santo da vida.

Cambia el corazón.

Abre los ojos.

Nos lleva a Cristo.

Sin el Espíritu, la religión se queda en apariencia.

6. El Espíritu habita en el creyente

Pablo escribió:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”

1 Corintios 6:19.

Esto debe producir reverencia.

El creyente no vive solo.

El Espíritu de Dios habita en él.

Por eso el cuerpo importa.

La santidad importa.

La vida secreta importa.

No llevamos al Espíritu Santo solamente al templo.

Él habita en nosotros.

7. El Espíritu glorifica a Cristo

Jesús dijo:

“Él me glorificará”.

Juan 16:14.

Donde el Espíritu Santo obra verdaderamente, Cristo es exaltado.

No el hombre.

No el espectáculo.

No la emoción.

No el ministro.

Cristo.

Una manifestación que desplaza a Cristo no debe atribuirse ligeramente al Espíritu Santo.

El Espíritu no vino a crear confusión alrededor de Jesús.

Vino a glorificarlo.

8. El Espíritu reparte dones

Pablo escribió:

“Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere”.

1 Corintios 12:11.

Los dones no son trofeos personales.

No son para competir.

No son para construir fama.

Son para edificar el cuerpo de Cristo.

Y el Espíritu reparte como Él quiere.

Eso debe producir humildad.

Nadie puede exigir un don como si mandara al Espíritu.

Recibimos para servir.

9. El fruto del Espíritu

El poder del Espíritu no se mide solamente por manifestaciones externas.

También se evidencia en el carácter.

Pablo escribió:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”.

Gálatas 5:22-23.

Una persona puede hablar mucho de dones y mostrar poco fruto.

Eso es peligroso.

El Espíritu Santo no solo capacita.

También transforma.

Nos hace más parecidos a Cristo.

10. El Espíritu y la santidad

El Espíritu Santo es santo.

No nos guía hacia el pecado.

No justifica la carne.

No contradice la Palabra.

No bendice la desobediencia.

Pablo escribió:

“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.

Gálatas 5:16.

Caminar en el Espíritu significa rendir nuestra vida diaria a Dios.

No solo tener momentos de emoción espiritual.

11. El Espíritu y la Palabra

El Espíritu Santo inspiró las Escrituras.

Por eso nunca contradice la Biblia.

Pedro escribió:

“Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

2 Pedro 1:21.

Si alguien dice:

“El Espíritu me dijo”,

pero contradice la Escritura, no viene del Espíritu Santo.

El Espíritu y la Palabra no son enemigos.

El Espíritu ilumina la Palabra que Él mismo inspiró.

12. El Espíritu y la misión

Jesús dijo:

“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos”.

Hechos 1:8.

El poder del Espíritu tiene propósito misionero.

No es para exhibición.

Es para testificar de Cristo.

Una iglesia llena del Espíritu debe ser una iglesia que anuncia el evangelio.

13. El Espíritu y la oración

Pablo escribió:

“El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”.

Romanos 8:26.

Hay momentos en que no sabemos cómo orar.

El dolor es profundo.

La confusión es grande.

Las palabras faltan.

Pero el Espíritu ayuda.

Intercede.

Sostiene.

Nos lleva al Padre.

La oración cristiana es profundamente trinitaria: al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu.

14. No apaguéis al Espíritu

Pablo escribió:

“No apaguéis al Espíritu”.

1 Tesalonicenses 5:19.

Podemos apagar su obra resistiendo la obediencia.

Despreciando la Palabra.

Endureciendo el corazón.

Apagando el discernimiento.

Desobedeciendo convicciones santas.

El Espíritu no debe ser tratado con ligereza.

Debemos rendirnos a su dirección.

15. No todo lo espiritual viene del Espíritu Santo

Juan advirtió:

“No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios”.

1 Juan 4:1.

Esto es vital.

No toda manifestación es de Dios.

No todo sueño es revelación.

No toda emoción es presencia divina.

No toda voz espiritual viene del Espíritu Santo.

Debemos probar.

Discernir.

Examinar por la Palabra.

REFLEXIÓN FINAL

El Espíritu Santo es Dios.

No energía.

No emoción.

No fuerza manipulable.

Es persona divina.

Habita en los creyentes.

Convence de pecado.

Da nuevo nacimiento.

Glorifica a Cristo.

Reparte dones.

Produce fruto.

Santifica.

Guía.

Intercede.

Capacita para la misión.

Y nunca contradice la Palabra.

Una Iglesia que ignora al Espíritu se vuelve seca.

Una Iglesia que distorsiona al Espíritu se vuelve peligrosa.

Necesitamos conocerlo bíblicamente, depender de Él humildemente y caminar bajo su dirección.

Oremos:

Espíritu Santo de Dios, perdóname por ignorarte, resistirte o tratarte con ligereza.
Reconozco que eres Dios, santo, eterno y verdadero.
Guíame a Cristo.
Forma fruto en mi carácter.
Llena mi vida para testificar con poder.
Dame discernimiento para no confundir emoción con tu presencia.
Y ayúdame a caminar cada día en obediencia a la Palabra.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 6

UN SOLO DIOS, TRES PERSONAS: CÓMO CONFESAR EL MISTERIO SIN CAER EN ERROR

Cuando una explicación sencilla puede terminar diciendo algo equivocado

Un maestro estaba intentando explicar la Trinidad a un grupo de personas.

Quería hacerlo sencillo.

Quería que todos entendieran.

Entonces dijo:

—Dios es como el agua. A veces es líquida, otras veces se convierte en hielo y otras veces en vapor. Así también Dios: unas veces es Padre, otras veces Hijo y otras veces Espíritu Santo.

La explicación parecía fácil.

Algunos asintieron.

Otros tomaron nota.

Pero había un problema.

Sin darse cuenta, aquel maestro había enseñado algo diferente de la doctrina bíblica de la Trinidad.

Había presentado a Dios como una sola persona que cambia de forma.

Pero el Padre no se convierte en el Hijo.

El Hijo no deja de ser Hijo para convertirse en Espíritu Santo.

En el bautismo de Jesús, el Padre habla mientras el Hijo está en el agua y el Espíritu desciende.

Las tres personas son distintas y existen simultáneamente.

El problema del maestro no era su deseo de enseñar.

El problema era intentar hacer tan sencillo el misterio de Dios que terminó cambiándolo.

Este peligro sigue presente.

Queremos explicar.

Y debemos explicar.

Queremos enseñar.

Y debemos enseñar.

Pero debemos hacerlo con humildad.

Hay un momento en el que debemos reconocer:

Podemos afirmar con claridad lo que Dios ha revelado sin pretender explicar exhaustivamente cómo es posible su existencia eterna.

La Trinidad no es una contradicción.

Pero sí es un misterio.

Y un misterio bíblico no es una excusa para dejar de estudiar.

Es una invitación a estudiar con reverencia.

1. Comencemos con lo que sabemos

La doctrina de la Trinidad puede resumirse mediante tres afirmaciones fundamentales.

Hay un solo Dios.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son plenamente Dios.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son personas distintas entre sí.

Debemos mantener estas tres verdades juntas.

Si afirmamos tres personas, pero negamos que hay un solo Dios, terminamos creyendo en tres dioses.

Si afirmamos un solo Dios, pero negamos la distinción entre las personas, terminamos diciendo que Padre, Hijo y Espíritu Santo son solamente diferentes nombres o máscaras.

Si afirmamos que el Padre es Dios, pero reducimos al Hijo y al Espíritu a criaturas, destruimos la revelación bíblica acerca de su divinidad.

La doctrina trinitaria permanece firme cuando confesamos todo lo que la Escritura enseña.

No escogemos una parte.

Recibimos el conjunto.

2. Hay un solo Dios

La Biblia es completamente clara en este punto.

Moisés declaró:

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

Deuteronomio 6:4.

Isaías registra las palabras de Dios:

“Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí”.

Isaías 45:5.

Pablo escribió:

“No hay más que un Dios”.

1 Corintios 8:4.

Y también:

“Porque hay un solo Dios”.

1 Timoteo 2:5.

El cristianismo no es politeísta.

No creemos en tres dioses.

No creemos en una familia divina formada por tres seres independientes.

No creemos que el Padre gobierna una parte del universo, el Hijo otra y el Espíritu Santo otra.

Hay un solo Dios.

Esta verdad nunca debe debilitarse.

3. El Padre es Dios

Esta afirmación generalmente no produce dificultad entre los cristianos.

Jesús enseñó a sus discípulos a orar:

“Padre nuestro que estás en los cielos”.

Mateo 6:9.

Pablo escribió:

“Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas”.

1 Corintios 8:6.

El Padre es Dios.

Pero aquí comienza una pregunta importante:

Si el Padre es Dios, ¿significa que solamente el Padre es Dios y que el Hijo y el Espíritu son seres inferiores?

La respuesta bíblica es no.

Porque la misma Escritura que llama Dios al Padre también afirma la plena divinidad del Hijo y del Espíritu Santo.

4. El Hijo es Dios

Juan abre su Evangelio diciendo:

“El Verbo era Dios”.

Juan 1:1.

Tomás, al encontrarse con el Cristo resucitado, declaró:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

Juan 20:28.

Pablo escribió acerca de Cristo:

“En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”.

Colosenses 2:9.

Hebreos dice del Hijo:

“Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo”.

Hebreos 1:8.

No estamos ante una criatura elevada.

No estamos ante un ángel superior.

No estamos ante un segundo dios.

El Hijo comparte plenamente la naturaleza divina.

Es eternamente Dios.

Y, sin embargo, el Hijo no es el Padre.

Jesús ora al Padre.

Es enviado por el Padre.

Habla con el Padre.

Es amado por el Padre.

La distinción es real.

5. El Espíritu Santo es Dios

Hechos 5 presenta una escena seria.

Ananías había mentido acerca de una ofrenda.

Pedro le dijo:

"¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?"

Hechos 5:3.

Luego añadió:

"No has mentido a los hombres, sino a Dios".

Hechos 5:4.

Mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios.

Pablo también escribió:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?"

1 Corintios 3:16.

El Espíritu Santo no es una criatura.

No es una energía producida por Dios.

No es simplemente el poder de Dios actuando.

Es una persona divina.

Habla.

Quiere.

Guía.

Intercede.

Enseña.

Puede ser entristecido.

Y es plenamente Dios.

6. Tres personas distintas, no tres nombres

Jesús dijo:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador”.

Juan 14:16.

Observe la frase.

Yo.

El Padre.

Otro Consolador.

Jesús no está diciendo:

“Yo me pediré a mí mismo que me envíe a mí mismo bajo otro nombre”.

Hay relación.

Hay distinción.

El Hijo ruega al Padre.

El Padre da al Consolador.

El Espíritu viene a los discípulos.

Las personas divinas se relacionan entre sí.

El Padre ama al Hijo.

El Hijo glorifica al Padre.

El Espíritu glorifica al Hijo.

El Hijo envía al Espíritu del Padre.

La distinción no es una ilusión.

Es eterna y real.

7. Una esencia, tres personas

Aquí entramos en un lenguaje teológico que debemos explicar sencillamente.

Cuando decimos que Dios es **uno en esencia**, estamos respondiendo a la pregunta:

¿Qué es Dios?

Dios es el único ser divino.

Cuando hablamos de **tres personas**, respondemos a otra pregunta:

¿Quiénes son?

El Padre.

El Hijo.

El Espíritu Santo.

No decimos que Dios es una persona y tres personas al mismo tiempo.

Eso sería contradictorio.

Tampoco decimos que Dios es un ser y tres seres.

Decimos:

Un solo ser divino, eternamente existente en tres personas distintas.

No podemos explicar exhaustivamente cómo existe Dios de esta manera.

Pero sí podemos afirmar que no estamos diciendo una contradicción lógica.

Uno en un sentido.

Tres en otro sentido.

Una esencia.

Tres personas.

8. El misterio no significa absurdo

Algunas personas escuchan la doctrina de la Trinidad y dicen:

“Eso no tiene sentido”.

Pero debemos distinguir entre algo que es una contradicción y algo que supera nuestra comprensión completa.

Una contradicción sería decir:

“Dios es un solo Dios y tres dioses en exactamente el mismo sentido”.

Eso no es lo que creemos.

Otra contradicción sería:

“El Padre es el Hijo y el Padre no es el Hijo en exactamente el mismo sentido”.

Eso tampoco es lo que creemos.

La doctrina dice:

Hay un solo Dios.

Y dentro del único ser divino existen eternamente tres personas distintas.

¿Podemos comprender exhaustivamente cómo es posible?

No.

¿Podemos conocer verdaderamente lo que Dios ha revelado?

Sí.

Nuestra incapacidad para comprender completamente algo no demuestra que sea falso.

9. El error de las máscaras

En la historia de la Iglesia apareció una enseñanza que afirmaba, en diferentes formas, que Dios es una sola persona que se manifiesta de distintos modos.

A veces como Padre.

A veces como Hijo.

A veces como Espíritu Santo.

Esta idea se conoce generalmente como modalismo.

Parece proteger la unidad de Dios.

Pero destruye la distinción real entre las personas.

Piense nuevamente en el bautismo de Jesús.

¿Quién está en el agua?

El Hijo.

¿Quién habla desde el cielo?

El Padre.

¿Quién desciende?

El Espíritu Santo.

No son tres máscaras sucesivas.

Las tres personas aparecen en relación simultánea.

10. El problema del hombre que es padre, esposo e hijo

Otra ilustración popular dice:

“Yo soy una sola persona, pero soy padre para mis hijos, esposo para mi esposa e hijo para mis padres. Así es Dios”.

El problema es que esa ilustración describe una persona desempeñando tres relaciones.

Pero Dios no es una sola persona desempeñando tres papeles.

El Padre ama al Hijo.

El Hijo habla con el Padre.

El Espíritu intercede.

Hay relaciones personales reales.

La ilustración puede parecer sencilla.

Pero enseña algo diferente de la Trinidad.

Por eso debemos tener cuidado.

No toda explicación fácil es una explicación fiel.

11. El problema del agua

También se dice:

“El agua puede ser hielo, líquido o vapor”.

Pero normalmente una misma porción de agua cambia de estado.

Pasa de uno a otro.

Esto puede sugerir que Dios cambia de Padre a Hijo y de Hijo a Espíritu.

Otra vez caemos en una idea modalista.

Además, Dios no cambia de naturaleza.

El Padre nunca deja de ser Padre.

El Hijo nunca deja de ser Hijo.

El Espíritu Santo nunca deja de ser Espíritu Santo.

Las tres personas existen eternamente.

12. El problema del huevo

Otra comparación dice:

“Dios es como un huevo: cáscara, clara y yema”.

Pero allí cada elemento es solamente una parte del huevo.

La cáscara no es todo el huevo.

La clara no es todo el huevo.

La yema no es todo el huevo.

En cambio, el Padre no es una tercera parte de Dios.

El Hijo no posee solamente un tercio de divinidad.

El Espíritu Santo no completa la parte faltante.

Cada persona es plenamente divina.

La esencia divina no se divide en tres pedazos.

13. El error de los tres dioses

Otro extremo consiste en imaginar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como tres seres divinos separados que cooperan perfectamente.

Eso tampoco es la Trinidad.

Serían tres dioses.

La Escritura insiste:

“Jehová uno es”.

Deuteronomio 6:4.

La unidad de Dios no es simplemente una alianza entre tres seres.

No son tres dioses con una misma visión institucional.

Hay un solo Dios.

Una sola esencia divina.

Indivisible.

Eterna.

Perfecta.

14. El error de hacer al Hijo una criatura

En el siglo IV, una gran controversia sacudió a la Iglesia.

Arrio enseñaba que el Hijo había sido creado.

Según su pensamiento, hubo un momento en que el Hijo no existía.

El problema era enorme.

Si el Hijo es una criatura, entonces no es eternamente Dios.

Pero Juan había dicho:

“En el principio era el Verbo”.

Juan 1:1.

No dice que el Verbo comenzó a existir en el principio.

Dice que era.

Y añade:

“Todas las cosas por él fueron hechas”.

Juan 1:3.

Si todas las cosas creadas fueron hechas por medio del Hijo,
entonces el Hijo no pertenece al grupo de las cosas creadas.

Él es eterno.

15. ¿Por qué importaban tanto aquellas discusiones?

Alguien podría preguntar:

"¿Por qué discutir tanto por palabras?"

Porque las palabras protegían el evangelio.

Si Cristo no es verdaderamente Dios, entonces ¿quién nos salva?

Si el Espíritu Santo no es Dios, ¿quién habita en nosotros?

Si el Padre, el Hijo y el Espíritu son solamente nombres temporales, ¿qué hacemos con las relaciones que la Escritura revela entre ellos?

La doctrina importa porque el evangelio importa.

No toda discusión doctrinal es orgullo intelectual.

Hay momentos en que defender una verdad es proteger a la Iglesia de un error que puede cambiar completamente el mensaje cristiano.

16. El Concilio de Nicea y la defensa de la divinidad del Hijo

En el año 325, líderes de la Iglesia se reunieron en Nicea para enfrentar la controversia sobre la identidad del Hijo.

La pregunta central no era pequeña:

¿Es el Hijo verdaderamente Dios o es una criatura exaltada?

La confesión cristiana defendió que el Hijo es de la misma esencia divina que el Padre.

No fue la invención de la divinidad de Jesús.

Fue una defensa de lo que la Iglesia encontraba en las Escrituras y confesaba en su adoración.

Los cristianos ya bautizaban en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ya adoraban a Cristo.

Ya confesaban a Jesús como Señor.

La controversia obligó a expresar con precisión lo que estaba siendo atacado.

17. Las palabras pueden proteger una verdad

La palabra Trinidad no aparece literalmente en la Biblia.

Tampoco aparece la expresión completa “una esencia y tres personas” como una sola frase bíblica.

Pero estos términos intentan resumir el conjunto de la enseñanza bíblica.

Esto ocurre en otras doctrinas.

La palabra puede no aparecer.

Pero la realidad que describe sí.

Lo importante es que nuestros términos estén subordinados a la Escritura.

La teología sirve a la Palabra.

No gobierna sobre ella.

18. La igualdad divina no elimina el orden en la obra de salvación

Aquí aparece una pregunta importante.

Si Padre, Hijo y Espíritu Santo son igualmente Dios, ¿por qué el Hijo es enviado?

¿Por qué obedece?

¿Por qué el Espíritu es enviado?

La respuesta está en distinguir entre igualdad de naturaleza y distinción en las relaciones y obras.

El Hijo no es menos Dios porque fue enviado.

El Espíritu no es menos Dios porque glorifica al Hijo.

En el plan de redención vemos un orden hermoso.

El Padre envía.

El Hijo viene y realiza la obra redentora.

El Espíritu aplica esa obra en nosotros.

No hay competencia.

No hay celos.

No hay lucha por protagonismo.

Hay perfecta unidad.

19. El Padre no murió en la cruz

Debemos hablar con precisión.

¿Murió Dios por nosotros?

Podemos decir que el Hijo de Dios murió por nosotros según su naturaleza humana.

Pero debemos evitar decir que el Padre fue crucificado.

La persona que se encarnó fue el Hijo.

El Padre no se encarnó.

El Espíritu Santo no se encarnó.

El Hijo se hizo hombre.

Esto muestra por qué la distinción de personas importa.

Si confundimos al Padre con el Hijo, comenzamos a decir cosas que la Biblia no enseña.

20. El Hijo no es el Espíritu Santo

También debemos evitar otra confusión.

Jesús prometió:

“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador”.

Juan 14:16.

El Espíritu Santo continúa la obra de Cristo en la vida de los discípulos, pero no es la misma persona que el Hijo.

El Espíritu glorifica a Cristo.

Da testimonio de Cristo.

Nos une a Cristo.

Forma a Cristo en nosotros.

Pero el Hijo y el Espíritu son personas distintas.

Unidad no significa confusión.

21. La Trinidad y la salvación

Pablo escribió:

“Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Efesios 2:18.

Mire el movimiento.

Por medio de Cristo.

En un mismo Espíritu.

Al Padre.

Nuestra salvación es trinitaria.

El Padre planifica y envía.

El Hijo realiza la redención.

El Espíritu aplica la obra de Cristo.

El Padre adopta.

El Hijo nos hace libres.

El Espíritu da testimonio de nuestra adopción.

No podemos comprender plenamente la riqueza de la salvación sin contemplar la obra del Dios trino.

22. La Trinidad y nuestra oración

¿Cómo debemos orar?

El patrón más común del Nuevo Testamento es orar al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo.

Jesús enseñó:

“Padre nuestro”.

Oramos en el nombre de Jesús.

Y el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad.

Romanos 8:26.

Esto no significa que sea pecado hablar directamente con Jesús.

El Nuevo Testamento contiene ejemplos de oración y clamor dirigidos a Cristo.

Esteban dijo:

“Señor Jesús, recibe mi espíritu”.

Hechos 7:59.

Pero el patrón general nos ayuda a comprender la estructura trinitaria de la oración cristiana.

Al Padre.

Por el Hijo.

En el Espíritu.

23. La Trinidad y la adoración

La doctrina correcta debe transformar nuestra adoración.

Adoramos al Padre.

Adoramos al Hijo.

Adoramos al Espíritu Santo.

No como tres dioses.

Sino como el único Dios verdadero.

La bendición apostólica dice:

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”.

2 Corintios 13:14.

Gracia.

Amor.

Comunión.

La vida de la Iglesia está rodeada por la obra del Dios trino.

24. La Trinidad y la unidad de la Iglesia

Jesús oró por la unidad de sus discípulos.

La unidad cristiana no significa uniformidad absoluta.

El cuerpo tiene muchos miembros.

Hay diferentes dones.

Diferentes funciones.

Diferentes llamados.

Pero un solo cuerpo.

La Trinidad nos enseña, sin que la Iglesia se convierta en una copia de la esencia divina, que la diferencia no tiene que producir división.

El Padre no compite con el Hijo.

El Hijo no busca desplazar al Padre.

El Espíritu Santo no construye un reino independiente.

La obra divina manifiesta perfecta armonía.

Qué diferente sería la Iglesia si cada ministro comprendiera que no necesita destruir a otro para cumplir su llamado.

25. La Trinidad confronta nuestro deseo de protagonismo

En el mundo ministerial puede aparecer competencia.

¿Quién predica mejor?

¿Quién tiene más seguidores?

¿Quién tiene la iglesia más grande?

¿Quién vende más libros?

¿Quién recibe más invitaciones?

¿Quién aparece primero en la fotografía?

Pero cuando contemplamos la obra del Dios trino, vemos algo completamente diferente.

El Hijo glorifica al Padre.

El Padre glorifica al Hijo.

El Espíritu glorifica a Cristo.

No hay inseguridad.

No hay competencia.

No hay vanidad.

Nosotros, criaturas, competimos por una gloria que no nos pertenece.

La Trinidad nos llama a una vida de humildad.

26. No use el misterio como excusa para no estudiar

Algunas personas dicen:

“La Trinidad es un misterio. No hay que estudiarla”.

Eso es un error.

Que no podamos comprender exhaustivamente a Dios no significa que no podamos comprender verdaderamente lo que Él ha revelado.

Dios nos dio las Escrituras para que las estudiemos.

Jesús mandó hacer discípulos y enseñar.

La Iglesia debe conocer la verdad.

Debemos enseñar a los nuevos creyentes.

Formar líderes.

Preparar pastores.

Capacitar capellanes.

Enviar misioneros.

Defender a la Iglesia del error.

No podemos hacerlo con una doctrina superficial.

El misterio debe producir humildad.

No pereza.

27. No use el conocimiento para volverse orgulloso

El error opuesto también existe.

Una persona aprende palabras teológicas.

Esencia.

Persona.

Naturaleza.

Procesión.

Encarnación.

Y comienza a mirar con desprecio a quienes todavía están aprendiendo.

Eso también está mal.

Si conocer mejor a Dios nos vuelve arrogantes, nuestro conocimiento está enfermo.

Pablo escribió:

“Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo”.

1 Corintios 8:2.

El verdadero conocimiento de Dios produce reverencia.

Humildad.

Paciencia.

Adoración.

28. Explique con claridad, pero reconozca el límite

Cuando alguien le pregunte:

“¿Qué es la Trinidad?”

No necesita responder con una comparación peligrosa.

Puede decir sencillamente:

La Biblia enseña que hay un solo Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. Son personas distintas entre sí, pero no son tres dioses. Existe un solo Dios eterno en tres personas.

Eso es claro.

Eso es fiel.

Después podemos mostrar los textos.

No necesitamos fingir que podemos explicar exhaustivamente cómo existe Dios.

Hay un momento en que la respuesta correcta es:

Esto es lo que Dios ha revelado. Más allá de eso, caminamos con humildad.

29. La meta no es ganar una discusión

Podemos conocer la definición correcta de la Trinidad y tener un corazón frío.

Podemos detectar el modalismo en una ilustración y no amar al hermano.

Podemos explicar Nicea y no orar.

Podemos defender la divinidad de Cristo y no obedecerlo.

Podemos afirmar que el Espíritu Santo es Dios y resistir su obra de santificación.

La doctrina debe llevarnos a la vida.

El Padre busca adoradores.

El Hijo llama discípulos.

El Espíritu produce fruto.

No estudiamos al Dios trino solamente para hablar correctamente.

Lo hacemos para vivir delante de Él correctamente.

30. Cuando las palabras terminan, comienza la adoración

Hay momentos en que la teología debe hablar.

Y hay momentos en que la teología debe arrodillarse.

Pablo pasó capítulos enteros explicando el plan de Dios.

Habló de pecado.

Gracia.

Justificación.

Elección.

Israel.

Misericordia.

Y llegó un momento en que ya no continuó con una explicación fría.

Exclamó:

"¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!"

Romanos 11:33.

Eso debe ocurrir también con nosotros.

Estudiamos.

Pensamos.

Comparamos textos.

Corregimos errores.

Formulamos cuidadosamente.

Y después decimos:

¡Qué grande es Dios!

No hemos estudiado un problema matemático.

Hemos contemplado, hasta donde Él quiso revelarse, al Dios vivo.

REFLEXIÓN FINAL

Hay un solo Dios.

El Padre es Dios.

El Hijo es Dios.

El Espíritu Santo es Dios.

El Padre no es el Hijo.

El Hijo no es el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo no es el Padre.

No son tres dioses.

No son tres partes de Dios.

No son tres máscaras.

No son tres etapas históricas.

No son tres seres divinos que hicieron una alianza.

Hay un solo Dios eterno que existe en tres personas distintas:
Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No podemos comprenderlo exhaustivamente.

Pero podemos confesar fielmente lo que Él ha revelado.

Y esa confesión debe llevarnos a la adoración.

Oremos:

Dios eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, reconocemos que eres infinitamente mayor que nuestra capacidad de comprenderte.
Gracias porque no permaneciste oculto, sino que te revelaste en tu Palabra y en la historia de la redención.
Guárdanos de reducirte a ilustraciones humanas que

distorsionen tu verdad.
Guárdanos también del orgullo de creer que podemos explicarte completamente.
Danos precisión sin frialdad, convicción sin arrogancia y conocimiento acompañado de adoración.
Padre, enséñanos a amarte.
Señor Jesucristo, enséñanos a seguirte.
Espíritu Santo, enséñanos a caminar en obediencia.
Que nuestra doctrina sea verdadera, nuestra adoración sincera y nuestra vida digna del evangelio.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo veremos algo extraordinario.

La Trinidad no es solamente una doctrina acerca de quién es Dios.

También nos permite comprender mejor cómo Dios actuó para salvarnos.

El Padre envía.

El Hijo se entrega.

El Espíritu da vida y aplica en nosotros la obra de Cristo.

CAPÍTULO 7

LA SALVACIÓN DEL DIOS TRINO: EL PADRE PLANEA, EL HIJO REDIME Y EL ESPÍRITU APLICA

La noche en que un hombre descubrió que necesitaba nacer otra vez

Nicodemo llegó de noche.

No era un hombre ignorante.

No era un pagano que nunca había escuchado acerca de Dios.

No era una persona alejada de la religión.

Era fariseo.

Principal entre los judíos.

Maestro de Israel.

Conocía la Ley.

Conocía las tradiciones.

Había estudiado.

Enseñaba a otros.

Y, sin embargo, aquella noche fue a buscar a Jesús.

Tal vez no quería ser visto.

Tal vez necesitaba hablar sin la presión de los demás.

Tal vez había algo en Jesús que no podía ignorar.

Llegó diciendo:

“Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”.

Juan 3:2.

Nicodemo quería comenzar hablando de señales.

Jesús fue directamente al corazón del problema.

Le dijo:

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

Juan 3:3.

Nicodemo quedó confundido.

¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?

Jesús continuó:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”.

Juan 3:6.

Aquella conversación nos introduce en una de las verdades más profundas del evangelio.

El ser humano no necesita solamente información.

Necesita vida.

No necesita únicamente mejorar algunas costumbres.

Necesita nacer de nuevo.

No necesita solamente una religión.

Necesita salvación.

Y la salvación, desde el principio hasta el final, es obra del Dios trino.

El Padre ama y envía.

El Hijo viene y se entrega.

El Espíritu da nueva vida.

Unos versículos después, Jesús pronunciaría las palabras que han recorrido el mundo:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”.

Juan 3:16.

Y allí, en una conversación nocturna con un hombre religioso, encontramos al Padre que da, al Hijo que es dado y al Espíritu que produce nuevo nacimiento.

La salvación es obra de Dios.

Comienza en su gracia.

Se realiza por medio de Cristo.

Se aplica a nosotros por el Espíritu Santo.

1. Nuestra salvación no comenzó con nosotros

A veces contamos nuestro testimonio de una manera que puede dar una impresión equivocada.

“Un día decidí buscar a Dios”.

“Un día fui a una iglesia”.

“Un día abrí la Biblia”.

“Un día respondí al llamado”.

Todo eso puede ser verdad.

Pero detrás de nuestra respuesta había una historia mucho mayor.

Dios estaba obrando.

Dios estaba llamando.

Dios estaba convenciendo.

Dios estaba usando personas.

Dios estaba usando su Palabra.

Dios estaba preparando circunstancias.

Pablo escribió:

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo”.

Efesios 1:4.

Antes de que nosotros pensáramos en Dios, Dios ya tenía un propósito redentor en Cristo.

La salvación no comenzó con nuestra iniciativa.

Comenzó en la gracia de Dios.

2. Efesios abre una ventana al plan del Dios trino

El primer capítulo de Efesios es uno de los grandes pasajes trinitarios de la Biblia.

Pablo comienza diciendo:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

Efesios 1:3.

Luego habla de la elección y del propósito del Padre.

Habla de la redención por medio de la sangre del Hijo.

Y después habla del Espíritu Santo como sello y garantía de nuestra herencia.

Padre.

Hijo.

Espíritu Santo.

Una sola salvación.

Un solo propósito.

Una obra perfectamente armoniosa.

El Padre no está tratando de salvar a personas que el Hijo no quiere salvar.

El Hijo no está tratando de convencer a un Padre sin amor.

El Espíritu no está realizando un proyecto separado.

El Dios trino actúa en perfecta unidad.

3. El Padre planea la redención

Pablo escribió:

“En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”.

Efesios 1:5.

Observe las palabras.

En amor.

Adopción.

Por medio de Jesucristo.

El propósito del Padre no es solamente evitar que vayamos al juicio.

Quiere llevarnos a una relación de hijos.

La salvación incluye perdón.

Pero va más allá.

Incluye reconciliación.

Adopción.

Herencia.

Comunión.

El Padre no salva delincuentes para dejarlos permanentemente en la puerta de su casa.

En Cristo, adopta hijos.

4. El Padre envió al Hijo

Juan escribió:

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo”.

1 Juan 4:14.

El evangelio es una historia de envío.

El Padre envía.

El Hijo viene.

Jesús dijo repetidamente que había sido enviado por el Padre.

Pero debemos comprender correctamente este envío.

El Padre no envió a un extraño.

No buscó una criatura inocente para castigarla en lugar de otros.

Envió a su Hijo.

Y el Hijo vino voluntariamente.

La cruz nace del amor de Dios.

5. El Hijo vino voluntariamente

Jesús dijo:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar”.

Juan 10:17.

Luego añadió:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”.

Juan 10:18.

Esto es importante.

Jesús no fue una víctima involuntaria del Padre.

El Hijo se entregó.

Pablo escribió:

“El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:20.

El Padre da al Hijo.

El Hijo se entrega.

Hay unidad perfecta en el propósito de salvación.

6. La cruz no enfrentó al Padre contra el Hijo

Algunas predicaciones presentan una imagen equivocada.

Parece que el Padre quiere condenar y Jesús quiere perdonar.

Como si Jesús tuviera que convencer al Padre de que tenga misericordia.

Pero Jesús dijo:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”.

Juan 3:16.

La cruz nace del amor de Dios.

Pablo escribió:

“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”.

2 Corintios 5:19.

No debemos dividir la obra de Dios.

La cruz es el lugar donde la justicia y el amor de Dios se manifiestan gloriosamente.

El pecado es tomado en serio.

La gracia es ofrecida.

Cristo se entrega.

La redención es realizada.

7. El Hijo llevó nuestros pecados

Pedro escribió:

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”.

1 Pedro 2:24.

Cristo no murió solamente como ejemplo de amor.

No murió solamente porque los poderes políticos y religiosos se unieron contra Él.

Eso ocurrió históricamente.

Pero la cruz tiene un significado redentor mucho más profundo.

Cristo llevó nuestros pecados.

Isaías había profetizado:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”.

Isaías 53:5.

El inocente murió por culpables.

El justo por los injustos.

Pedro escribió:

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

1 Pedro 3:18.

Observe el propósito:

Para llevarnos a Dios.

8. La meta de la salvación es llevarnos a Dios

A veces reducimos la salvación a escapar del infierno.

Eso es demasiado pequeño.

Sí, Cristo nos libra de la condenación.

Pero la meta es más grande.

Nos lleva a Dios.

El pecado produjo separación.

La redención produce reconciliación.

Pablo escribió:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Romanos 5:1.

La salvación no es simplemente cambiar nuestro destino futuro.

Es cambiar nuestra relación con Dios.

De enemigos a reconciliados.

De condenados a justificados.

De esclavos a hijos.

De muerte a vida.

De oscuridad a luz.

9. La resurrección es obra del Dios trino

La resurrección de Cristo también es presentada en las Escrituras desde diferentes perspectivas complementarias.

Pedro predicó que Dios levantó a Jesús de los muertos.

Hechos 2:24.

Jesús dijo acerca de su vida:

“Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”.

Juan 10:18.

Pablo habla del Espíritu que levantó de los muertos a Jesús.

Romanos 8:11.

No hay contradicción.

La resurrección es obra de Dios.

El Padre levanta al Hijo.

El Hijo tiene autoridad sobre su vida.

El Espíritu es llamado Espíritu de Aquel que levantó a Jesús de los muertos.

Una vez más encontramos la perfecta unidad de la obra divina.

10. Cristo realizó la obra; el Espíritu la aplica

Imagine una medicina perfectamente preparada.

Puede existir.

Puede ser eficaz.

Puede estar disponible.

Pero debe ser administrada al paciente.

La ilustración es limitada, pero puede ayudarnos a distinguir dos aspectos.

Cristo realizó objetivamente la obra de redención.

Murió.

Resucitó.

Ascendió.

La obra fue realizada en la historia.

Pero el Espíritu Santo aplica personalmente los beneficios de la obra de Cristo a los creyentes.

Nos convence.

Nos regenera.

Nos une a Cristo.

Habita en nosotros.

Nos santifica.

Nos sella.

Nos transforma.

El Espíritu no añade una segunda salvación diferente.

Aplica en nosotros la salvación realizada por Cristo.

11. El Espíritu convence

Jesús dijo:

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”.

Juan 16:8.

El evangelista predica.

El maestro explica.

El libro enseña.

El misionero anuncia.

El pastor llama al arrepentimiento.

Pero solamente el Espíritu Santo puede penetrar verdaderamente el corazón.

Esto debe producir dependencia.

Podemos tener excelentes argumentos y no convertir a nadie.

Podemos tener una presentación impecable y no dar vida espiritual.

Podemos emocionar a una multitud sin producir nuevo nacimiento.

Necesitamos al Espíritu Santo.

12. El Espíritu produce el nuevo nacimiento

Jesús dijo a Nicodemo:

“Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”.

Juan 3:6.

El nuevo nacimiento no es una reparación superficial.

No es pintar una pared dañada.

No es colocar lenguaje cristiano sobre un corazón no transformado.

Es obra del Espíritu.

Por eso una persona puede conocer religión y necesitar nacer de nuevo.

Nicodemo era maestro.

Pero Jesús le dijo:

Te es necesario nacer de nuevo.

La educación religiosa no reemplaza la regeneración.

La tradición familiar no reemplaza la regeneración.

El cargo ministerial no reemplaza la regeneración.

Cada persona necesita la obra del Espíritu Santo.

13. El Espíritu nos une a Cristo

Pablo utiliza repetidamente una expresión extraordinaria:

En Cristo.

Nuestra salvación está relacionada con nuestra unión con Él.

El Espíritu Santo nos incorpora al cuerpo de Cristo.

Pablo escribió:

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”.

1 Corintios 12:13.

La vida cristiana no consiste solamente en admirar a Jesús desde lejos.

Somos unidos a Él.

Su muerte cuenta para nosotros.

Su vida se manifiesta en nosotros.

Su justicia es nuestra esperanza.

Su Espíritu habita en nosotros.

14. El Espíritu nos hace clamar: Abba, Padre

Aquí la obra trinitaria se vuelve profundamente personal.

Pablo escribió:

“Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”

Gálatas 4:6.

Observe el movimiento.

Dios envía.

El Espíritu de su Hijo viene a nuestros corazones.

Y clamamos:

Abba, Padre.

La Trinidad no es solamente una doctrina que discutimos.

Es la realidad de nuestra relación con Dios.

Por el Hijo tenemos adopción.

Por el Espíritu experimentamos la realidad de esa adopción.

Nos acercamos al Padre.

15. El Espíritu nos sella

Pablo escribió:

“Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”.

Efesios 1:13.

El sello habla de pertenencia.

Autenticidad.

Seguridad.

El creyente pertenece a Dios.

El Espíritu es también:

“Las arras de nuestra herencia”.

Efesios 1:14.

La palabra arras comunica la idea de garantía o anticipo.

Dios no solamente promete una herencia futura.

Nos da su Espíritu como garantía de lo que vendrá.

16. La salvación no termina el día de la conversión

Hay personas que piensan en la salvación solamente como un momento pasado.

“Yo acepté a Cristo hace veinte años”.

Eso puede ser un testimonio verdadero.

Pero debemos comprender la amplitud de la salvación.

Fuimos justificados.

Estamos siendo santificados.

Seremos glorificados.

El Espíritu Santo continúa trabajando en nosotros.

Pablo escribió:

“Somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

2 Corintios 3:18.

La salvación tiene una historia.

Dios nos encontró.

Nos dio vida.

Nos está transformando.

Y completará su obra.

17. El Padre disciplina a sus hijos

La adopción no significa ausencia de formación.

Hebreos enseña que el Padre disciplina a quienes ama.

Hebreos 12.

Esto es importante.

El Padre no solamente nos da un nuevo nombre.

Nos forma.

Corrige.

Trata nuestro carácter.

Elimina orgullo.

Confronta pecado.

Nos enseña obediencia.

La disciplina no es rechazo.

Dentro de la relación de adopción, puede ser evidencia de amor paternal.

18. El Hijo intercede por nosotros

La obra de Cristo no terminó con la resurrección.

Jesús ascendió.

Está a la diestra del Padre.

Y Hebreos dice:

“Viviendo siempre para interceder por ellos”.

Hebreos 7:25.

Qué verdad tan poderosa.

Nuestra esperanza no está solamente en un evento pasado.

El Cristo que murió es el Cristo que resucitó.

El Cristo que resucitó es el Cristo que ascendió.

Y el Cristo exaltado intercede.

Cuando fallamos, tenemos abogado.

Cuando somos acusados, Cristo permanece.

Cuando nuestra fe es probada, nuestro Sumo Sacerdote vive.

19. El Espíritu intercede en nosotros

Romanos 8 presenta otra dimensión extraordinaria.

Pablo escribió:

“El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”.

Romanos 8:26.

Cristo intercede por nosotros.

El Espíritu intercede en nuestra debilidad.

Y el Padre escucha conforme a su voluntad.

¿Puede ver la seguridad que existe en la obra del Dios trino?

Nuestra vida no descansa solamente en nuestra capacidad de sostenernos.

Somos sostenidos por la gracia de Dios.

20. La salvación produce una nueva familia

El Padre adopta.

El Hijo es el Primogénito entre muchos hermanos.

El Espíritu nos incorpora a un cuerpo.

Por eso la salvación nunca fue diseñada para producir creyentes completamente aislados.

Entramos en una familia.

La Iglesia no es perfecta.

Tiene problemas.

Necesita corrección.

Necesita madurez.

Pero sigue siendo el cuerpo de Cristo.

No podemos decir:

“Quiero al Padre, pero no quiero a sus hijos”.

El amor a Dios debe expresarse en amor hacia los hermanos.

21. La salvación produce misión

Jesús dijo:

“Como me envió el Padre, así también yo os envío”.

Juan 20:21.

Luego sopló y dijo:

“Recibid el Espíritu Santo”.

Juan 20:22.

Nuevamente vemos envío y Espíritu.

El Padre envía al Hijo.

El Hijo envía a sus discípulos.

El Espíritu capacita.

Una persona salvada se convierte en testigo.

No todos serán evangelistas de oficio.

No todos serán misioneros transculturales.

Pero todo creyente pertenece a un pueblo enviado.

22. Evangelizar es participar en la misión del Dios trino

Esto cambia nuestra manera de ver el evangelismo.

No estamos tratando de convencer a Dios de que se interese por los perdidos.

Dios ya tomó la iniciativa.

El Padre envió al Hijo.

El Hijo dio su vida.

El Espíritu convence.

La Iglesia es enviada a anunciar.

Por eso evangelizamos con urgencia, pero no con desesperación humana.

Dependemos de Dios.

Predicamos fielmente.

Oramos.

Servimos.

Amamos.

Anunciamos a Cristo.

Y confiamos en la obra del Espíritu.

23. No podemos manipular una conversión

Esta verdad es especialmente importante para quienes ministran.

Podemos presionar emocionalmente a una persona hasta lograr que repita palabras.

Pero repetir una oración no es automáticamente lo mismo que nacer de nuevo.

Podemos usar música.

Ambiente.

Culpa.

Presión social.

Miedo.

Pero solamente el Espíritu da vida.

Esto no significa que no hagamos llamados.

Pedro llamó al arrepentimiento.

Pablo persuadía.

Jesús llamaba a seguirlo.

Pero debemos distinguir entre una respuesta humana manipulada y la obra profunda del Espíritu.

Nuestra tarea es presentar fielmente a Cristo.

24. La seguridad del creyente descansa en Dios

Muchos creyentes viven preguntándose cada día:

“¿Será que Dios todavía me ama?”

“¿Será que perdí todo?”

“¿Será que mi salvación depende de que hoy me sienta espiritual?”

La seguridad cristiana no debe descansar en emociones cambiantes.

Descansa en la obra de Dios.

El Padre adoptó.

El Hijo murió y resucitó.

El Espíritu sella.

Esto no produce libertinaje.

La verdadera gracia nos llama a santidad.

Pero nuestra esperanza no está en la perfección de nuestro desempeño.

Está en la perfección de Cristo.

25. La gracia no elimina la responsabilidad

Alguien podría escuchar todo esto y decir:

“Entonces no tengo que hacer nada”.

Esa no es la conclusión bíblica.

La gracia que salva también transforma.

Pablo escribió:

“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”.

Filipenses 2:12.

Y en el siguiente versículo explica:

“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

Filipenses 2:13.

Nosotros respondemos.

Obedecemos.

Luchamos contra el pecado.

Oramos.

Estudiamos.

Servimos.

Pero lo hacemos porque Dios está obrando en nosotros.

26. El Dios que comenzó terminará

Pablo dijo:

“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Filipenses 1:6.

El Padre no comienza proyectos para abandonarlos por falta de recursos.

El Hijo no realizó una redención insuficiente.

El Espíritu no se queda sin poder para transformarnos.

Dios es fiel.

Nuestra santificación puede tener luchas.

Caídas.

Correcciones.

Procesos.

Pero el creyente no está solo.

Dios trabaja en él.

27. La glorificación: el final del proceso

La salvación mira hacia el futuro.

Un día veremos a Cristo.

Juan escribió:

“Cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.

1 Juan 3:2.

Pablo habla de la redención de nuestro cuerpo.

Romanos 8:23.

El Espíritu que levantó a Jesús de los muertos dará vida también a nuestros cuerpos mortales.

Romanos 8:11.

La salvación no termina con un alma flotando eternamente.

La esperanza cristiana incluye resurrección.

Renovación.

Gloria.

Nueva creación.

Dios completará su obra.

28. Del propósito eterno a la gloria eterna

Miremos el recorrido.

Antes de la fundación del mundo, el Padre tenía un propósito en Cristo.

En el cumplimiento del tiempo, el Hijo vino.

Cristo vivió en obediencia.

Murió por nuestros pecados.

Resucitó.

Ascendió.

El Espíritu fue derramado.

El evangelio es predicado.

El Espíritu convence.

Regenera.

Habita.

Santifica.

Sella.

Y un día Cristo volverá.

Los muertos en Cristo resucitarán.

La obra llegará a su consumación.

Desde la eternidad pasada hasta la gloria futura, nuestra salvación está en las manos del Dios trino.

29. ¿Dónde queda nuestra gloria?

En ninguna parte.

Pablo preguntó:

“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida”.

Romanos 3:27.

No podemos decir:

“Me salvé porque fui más inteligente”.

“Porque fui más moral”.

“Porque pertenecía a la familia correcta”.

“Porque descubrí a Dios antes que otros”.

La salvación es por gracia.

Eso destruye orgullo.

Y al mismo tiempo produce gratitud.

La persona que comprende la gracia no mira al perdido con superioridad.

Lo mira con compasión.

Porque sabe:

Si Dios no hubiera tenido misericordia de mí, yo también estaría perdido.

30. La salvación termina en adoración

Efesios 1 repite una expresión.

“Para alabanza de la gloria de su gracia”.

Efesios 1:6.

Después:

“A fin de que seamos para alabanza de su gloria”.

Efesios 1:12.

Y otra vez:

“Para alabanza de su gloria”.

Efesios 1:14.

El Padre obra.

Para alabanza de su gloria.

El Hijo redime.

Para alabanza de su gloria.

El Espíritu sella.

Para alabanza de su gloria.

La salvación comienza en Dios.

Es realizada por Dios.

Es aplicada por Dios.

Y termina en la gloria de Dios.

REFLEXIÓN FINAL

La salvación no es una pequeña decisión humana que obliga a Dios a reaccionar.

Es la gran obra del Dios trino.

El Padre ama, escoge, llama, adopta y guarda.

El Hijo viene, obedece, muere, resucita, asciende e intercede.

El Espíritu convence, regenera, une a Cristo, habita, santifica, sella y transforma.

Una sola salvación.

Un solo propósito.

Un solo Dios.

Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por eso podemos vivir con humildad.

No nos salvamos a nosotros mismos.

Podemos vivir con seguridad.

Dios es fiel.

Podemos vivir en santidad.

El Espíritu trabaja en nosotros.

Podemos vivir en misión.

El Dios que envió al Hijo ahora nos envía a anunciarlo.

Y podemos vivir con esperanza.

El Dios que comenzó la obra la terminará.

Oremos:

Padre eterno, gracias porque la salvación nació de tu amor y de tu propósito de gracia.
Gracias por adoptarnos por medio de Jesucristo.
Señor Jesús, gracias porque viniste voluntariamente, obedeciste perfectamente, llevaste nuestros pecados, resucitaste y vives para interceder por nosotros.
Espíritu Santo, gracias porque nos convences, nos das nueva vida, nos unes a Cristo, habitas en nosotros, nos santificas y nos sellas para el día de la redención.
Líbranos del orgullo espiritual.
Líbranos de confiar en nuestras obras.
Líbranos también de una gracia falsa que no produce transformación.
Haznos santos, agradecidos y misioneros.
Que nuestra vida anuncie que la salvación pertenece al Señor.
Y que todo sea para alabanza de tu gloria.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo veremos cómo el Dios trino transforma nuestra manera de orar, adorar y vivir en comunión con Él.

Porque la Trinidad no es solamente una verdad que confesamos.

Es la realidad en la que vivimos cada día como cristianos.

CAPÍTULO 8

VIVIR DELANTE DEL DIOS TRINO

Oración, adoración y comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo

La Trinidad no es una doctrina para guardar en una carpeta teológica.

Es la realidad diaria de la vida cristiana.

Cuando oramos, no hablamos al vacío.

Nos acercamos al Padre.

Por medio del Hijo.

En la ayuda del Espíritu Santo.

Pablo lo expresó así:

“Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Efesios 2:18.

Ahí está la vida cristiana resumida:

Al Padre.
Por medio del Hijo.
En el Espíritu.

1. Oramos al Padre

Jesús enseñó:

“Padre nuestro que estás en los cielos”.

Mateo 6:9.

El creyente no ora como esclavo aterrorizado.

Ora como hijo adoptado.

No venimos por nuestros méritos.

Venimos porque Cristo abrió el camino.

El Padre no es distante ni indiferente.

Es santo, soberano y también cercano a sus hijos.

2. Oramos por medio del Hijo

Jesús dijo:

“Nadie viene al Padre, sino por mí”.

Juan 14:6.

Cristo es nuestro Mediador.

No entramos a la presencia de Dios por nuestra justicia.

Entramos por la obra perfecta de Jesús.

Por eso oramos en su nombre.

No como fórmula religiosa.

Sino reconociendo que todo acceso al Padre depende de Cristo.

3. Oramos en el Espíritu Santo

Pablo escribió:

“El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”.

Romanos 8:26.

Hay momentos en que no sabemos cómo orar.

Pero el Espíritu ayuda.

Nos guía.

Nos fortalece.

Nos lleva a clamar:

“Abba, Padre”.

Romanos 8:15.

La oración cristiana es comunión trinitaria.

4. Adoramos al Dios trino

La adoración cristiana no es genérica.

Adoramos al Padre.

Adoramos al Hijo.

Adoramos al Espíritu Santo.

No como tres dioses.

Sino como el único Dios verdadero.

La bendición apostólica declara:

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”.

2 Corintios 13:14.

La Iglesia vive bajo esa gracia, ese amor y esa comunión.

5. La comunión no es solamente emoción

Sentir la presencia de Dios puede ser hermoso.

Pero la comunión con Dios no depende solamente de emociones.

Hay días de fuego.

Y días de silencio.

Hay momentos de gozo.

Y momentos de lágrimas.

Pero el Padre sigue siendo Padre.

Cristo sigue siendo Mediador.

El Espíritu sigue habitando en nosotros.

La comunión verdadera se sostiene en la verdad, no solamente en la sensación.

6. El Espíritu nos conduce a Cristo

Jesús dijo acerca del Espíritu:

“Él me glorificará”.

Juan 16:14.

Donde el Espíritu obra verdaderamente, Cristo es exaltado.

No el predicador.

No el espectáculo.

No la emoción.

No la plataforma.

Cristo.

Una vida llena del Espíritu será una vida centrada en Jesús.

7. El Hijo nos lleva al Padre

Cristo no vino solamente a darnos enseñanzas.

Vino a llevarnos a Dios.

Pedro escribió:

“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

1 Pedro 3:18.

Esa es la meta.

No solamente perdón.

Comunión.

No solamente escapar del juicio.

Regresar al Padre.

8. El Padre forma hijos

Dios no quiere solamente siervos ocupados.

Quiere hijos formados.

Hebreos enseña que el Padre disciplina a quienes ama.

La formación cristiana incluye corrección.

Proceso.

Obediencia.

Madurez.

El Padre nos ama demasiado para dejarnos inmaduros.

9. La vida cristiana no se vive en soledad

El Dios trino nos introduce en comunión.

Con Dios.

Y con su pueblo.

La Iglesia no es un accidente.

Somos familia.

Cuerpo.

Templo del Espíritu.

Pueblo del Padre.

Redimidos por el Hijo.

Por eso no podemos amar al Dios trino y despreciar la comunión con los hermanos.

10. Vivir delante del Dios trino cambia todo

Cambia la oración.

Cambia la adoración.

Cambia la identidad.

Cambia la misión.

Cambia la humildad.

Cambia el servicio.

Ya no vivimos para construir nuestro nombre.

Vivimos para la gloria del Padre.

Bajo el señorío del Hijo.

En el poder del Espíritu Santo.

REFLEXIÓN FINAL

La Trinidad no es una idea lejana.

Es la vida cristiana misma.

El Padre nos recibe.

El Hijo nos abre el camino.

El Espíritu nos ayuda a caminar.

Por eso podemos orar.

Adorar.

Servir.

Permanecer.

Y anunciar a Cristo.

Oremos:

Padre amado, gracias por adoptarme en Cristo.
Señor Jesús, gracias por abrirme el camino hacia el Padre.
Espíritu Santo, gracias por habitar en mí y ayudarme en mi debilidad.
Enséñame a vivir cada día delante del Dios trino, con reverencia, comunión, obediencia y misión.

CAPÍTULO 9

ERRORES QUE DISTORSIONAN AL DIOS TRINO

Cuando cambiar a Dios cambia el evangelio

No todo error acerca de la Trinidad es un detalle pequeño.

Si cambiamos quién es Dios, terminamos cambiando la fe cristiana.

Por eso debemos rechazar con firmeza estos errores:

1. Modalismo
Dice que Padre, Hijo y Espíritu Santo son solo tres manifestaciones de una misma persona.
Pero en el bautismo de Jesús vemos al Hijo en el agua, al Padre hablando y al Espíritu descendiendo.

2. Arrianismo
Dice que el Hijo fue creado y no es Dios eterno.
Pero Juan declara:

"El Verbo era Dios".
Juan 1:1.

3. Negar la divinidad del Espíritu Santo
Presenta al Espíritu como fuerza o energía.
Pero Hechos 5 muestra que mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios.

4. Triteísmo
Habla como si fueran tres dioses separados.
Pero la Escritura afirma:

“Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.
Deuteronomio 6:4.

5. Subordinacionismo falso
Enseña que el Hijo o el Espíritu son inferiores en naturaleza al Padre.
Pero las tres personas comparten plenamente la misma esencia divina.

El peligro de las frases bonitas pero equivocadas

No todo lo que suena espiritual es bíblico.

Una frase puede emocionar y al mismo tiempo enseñar error.

Por eso debemos cuidar cómo hablamos de Dios.

No digamos:

“Dios se transformó en Jesús”.

Mejor digamos:

El Hijo eterno se hizo carne.

No digamos:

“El Espíritu es la energía de Dios”.

Mejor digamos:

El Espíritu Santo es Dios, persona divina, santo y eterno.

No digamos:

“Son tres dioses trabajando juntos”.

Mejor digamos:

Hay un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La verdad protege la adoración

Cuando conocemos correctamente al Dios trino, adoramos mejor.

No adoramos una idea confusa.

No seguimos a un Cristo creado.

No buscamos una fuerza espiritual manipulable.

Adoramos al Padre.

Por medio del Hijo.

En el Espíritu Santo.

La doctrina correcta protege la adoración verdadera.

REFLEXIÓN FINAL

La Iglesia debe ser amorosa, pero no ingenua.

Debe enseñar con paciencia, pero también corregir con firmeza.

Porque un error acerca de Dios termina afectando la salvación, la oración, la adoración y la vida cristiana.

Oremos:

Dios verdadero, guárdanos del error.
Danos amor por la verdad.
Enséñanos a confesar fielmente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
Que nuestra doctrina sea bíblica, nuestra adoración limpia y nuestra vida obediente.
En el nombre de Jesús. Amén.

APÍTULO 10

EL DIOS TRINO Y LA MISIÓN

Enviados por el Padre, bajo la autoridad del Hijo y en el poder del Espíritu Santo

La misión comenzó antes de que nosotros llegáramos

Durante muchos años escuché hablar de la Gran Comisión como una responsabilidad de la Iglesia.

Y eso es verdad.

Jesús dijo:

“Id, y haced discípulos a todas las naciones”.

Mateo 28:19.

La Iglesia debe ir.

Debe predicar.

Debe evangelizar.

Debe discipular.

Debe enseñar.

Debe bautizar.

Debe enviar obreros.

Pero hay algo todavía más profundo que debemos comprender.

La misión no comenzó con la Iglesia.

No comenzó con una denominación.

No comenzó con una organización misionera.

No comenzó con un instituto bíblico.

No comenzó con un pastor que tuvo una visión.

La misión nace en el corazón de Dios.

Antes de que nosotros fuéramos enviados, el Padre envió al Hijo.

Antes de que la Iglesia cruzara fronteras, el Hijo cruzó la distancia entre la gloria y nuestra condición humana.

Antes de que existieran misioneros, Cristo fue el Enviado.

Y antes de que la Iglesia pudiera cumplir su tarea, el Espíritu Santo fue derramado para darle poder.

Por eso, cuando hablamos de misión, no estamos hablando simplemente de un programa de la Iglesia.

Estamos hablando de participar en lo que Dios está haciendo en el mundo.

El Padre envía.

El Hijo salva.

El Espíritu capacita.

La Iglesia obedece.

Y las naciones escuchan.

1. El Padre es un Dios que envía

Jesús habló muchas veces acerca del Padre que lo había enviado.

Dijo:

“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”.

Juan 4:34.

También dijo:

“No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”.

Juan 5:30.

Y nuevamente:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Juan 6:38.

Jesús tenía conciencia clara de su misión.

Había sido enviado.

No estaba improvisando.

No estaba buscando una identidad.

No estaba tratando de descubrir qué hacer con su vida.

Había venido con propósito.

El Padre envió al Hijo.

Juan escribió:

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo”.

1 Juan 4:14.

La misión cristiana comienza aquí.

En el corazón del Padre que envía al Hijo para salvar.

2. Dios no esperó que el mundo viniera a buscarlo

El pecado hizo que el ser humano huyera de Dios.

En Génesis, después de pecar, Adán se escondió.

Pero Dios salió a buscarlo.

“¿Dónde estás tú?”

Génesis 3:9.

Desde entonces, la historia de la redención muestra a Dios tomando la iniciativa.

Llamó a Abraham.

Envió a Moisés.

Levantó profetas.

Buscó a su pueblo.

Y finalmente envió a su Hijo.

Jesús dijo:

“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”.

Lucas 19:10.

Observe las palabras:

Vino a buscar.

La misión tiene movimiento.

Dios busca al perdido.

Por eso una Iglesia que solamente espera que los perdidos lleguen al templo todavía no ha comprendido completamente la misión.

Hay que ir.

3. El Hijo fue enviado y después envió

Después de la resurrección, Jesús apareció a sus discípulos y les dijo:

“Como me envió el Padre, así también yo os envío”.

Juan 20:21.

Esta frase es extraordinaria.

La Iglesia entra en una cadena de envío.

El Padre envió al Hijo.

El Hijo envía a la Iglesia.

La Iglesia no tiene autoridad para inventar su propia misión.

Nuestra misión viene de Cristo.

No decidimos qué mensaje anunciar.

Anunciamos el evangelio.

No decidimos quién es el centro.

Cristo es el centro.

No decidimos cuál es la meta.

Hacer discípulos.

La Iglesia es enviada bajo autoridad.

4. La Gran Comisión es trinitaria

Después de resucitar, Jesús declaró:

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”.

Mateo 28:18.

Después ordenó:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”.

Mateo 28:19.

Y añadió:

“Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

La misión cristiana lleva el nombre del Dios trino.

Un nombre.

Padre.

Hijo.

Espíritu Santo.

No vamos a las naciones solamente para conseguir decisiones momentáneas.

Vamos para hacer discípulos.

Personas que conozcan a Dios.

Que sigan a Cristo.

Que caminen en el Espíritu.

Que aprendan la Palabra.

Que obedezcan.

Que después discipulen a otros.

5. Evangelizar no es lo mismo que hacer discípulos

Una persona puede escuchar el evangelio en cinco minutos.

Pero formar un discípulo requiere tiempo.

Jesús no dijo solamente:

“Consigan decisiones”.

Dijo:

“Haced discípulos”.

Un discípulo aprende.

Obedece.

Crece.

Cambia.

Sirve.

Se reproduce.

Por eso la Iglesia necesita evangelismo y formación.

Necesita predicación pública y enseñanza.

Necesita campañas y procesos.

Necesita mensajes cortos y libros profundos.

Necesita alcanzar al perdido y formar al creyente.

Si evangelizamos sin discipular, podemos llenar estadísticas y dejar personas sin fundamento.

Si enseñamos sin evangelizar, podemos llenar salones y olvidar a los perdidos.

Necesitamos ambas cosas.

6. Jesús mandó esperar antes de salir

Aquí encontramos una enseñanza fundamental.

Jesús había resucitado.

Los discípulos tenían el mensaje.

Habían visto al Cristo vivo.

Conocían la comisión.

Pero Jesús les dijo que esperaran.

“Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”.

Lucas 24:49.

¿Por qué esperar?

Porque conocimiento sin poder no era suficiente.

Experiencia sin poder no era suficiente.

Organización sin poder no era suficiente.

Los discípulos necesitaban al Espíritu Santo.

Jesús dijo:

“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos”.

Hechos 1:8.

La misión del Hijo debe realizarse en el poder del Espíritu.

7. El poder tiene un propósito

Hechos 1:8 conecta poder con testimonio.

“Recibiréis poder... y me seréis testigos”.

El poder del Espíritu Santo no fue dado para convertir a la Iglesia en un espectáculo.

Fue dado para la misión.

Para anunciar a Cristo.

Para enfrentar oposición.

Para perseverar.

Para servir.

Para cruzar barreras.

Para llevar el evangelio hasta lo último de la tierra.

Una Iglesia que habla mucho de poder, pero poco de evangelización, necesita revisar su comprensión del poder.

El Espíritu nos capacita para ser testigos.

8. Pentecostés produjo proclamación

Cuando el Espíritu Santo fue derramado en Hechos 2, los discípulos comenzaron a hablar las maravillas de Dios.

Pedro se levantó y predicó a Cristo.

No predicó su propia experiencia como centro.

Predicó a Jesús.

Su vida.

Su muerte.

Su resurrección.

Su exaltación.

Y llamó al pueblo al arrepentimiento.

El resultado fue que miles respondieron.

El Espíritu Santo llenó.

Y Cristo fue predicado.

Ese patrón debe permanecer.

Espíritu Santo y proclamación de Cristo.

No experiencia sin evangelio.

No doctrina sin poder.

Palabra y Espíritu.

Verdad y misión.

9. El libro de Hechos es una historia de expansión

Jesús dijo:

“Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

Hechos 1:8.

Y eso es precisamente lo que vemos en el libro.

Jerusalén.

Judea.

Samaria.

Las naciones.

El evangelio avanza.

Cruza fronteras.

Rompe barreras culturales.

Llega a personas inesperadas.

El Espíritu Santo dirige ese avance.

Felipe es guiado hacia el etíope.

Pedro es preparado para entrar en casa de Cornelio.

La Iglesia de Antioquía envía obreros.

Pablo y sus compañeros cruzan regiones.

La misión avanza porque Dios está obrando.

10. El Espíritu Santo llama y envía obreros

Hechos 13 presenta una escena que toda iglesia misionera debería estudiar.

La iglesia en Antioquía estaba ministrando al Señor y ayunando.

Entonces:

“Dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”.

Hechos 13:2.

Después de ayunar y orar, impusieron las manos sobre ellos y los despidieron.

El siguiente versículo dice:

“Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo...”

Hechos 13:4.

La Iglesia reconoce.

Ora.

Ayuna.

Impone manos.

Envía.

Pero detrás del envío de la Iglesia está el envío del Espíritu Santo.

Esto es misión trinitaria.

La Iglesia no trabaja sola.

11. La misión necesita discernimiento

No toda buena idea es necesariamente una asignación de Dios para una persona específica.

Pablo quiso ir a ciertos lugares, pero el Espíritu Santo dirigió su camino.

Hechos 16 muestra puertas cerradas y nuevas direcciones.

Después vino la visión del varón macedonio.

La misión necesita planificación.

Pero también necesita sensibilidad espiritual.

Necesitamos estrategia.

Pero también oración.

Necesitamos mapas.

Pero también dirección del Espíritu.

Necesitamos tecnología.

Pero también discernimiento.

La tecnología puede decirnos dónde hay millones de personas conectadas.

Pero solamente Dios puede mostrarnos cómo servirlas correctamente.

12. La tecnología no reemplaza al Espíritu, pero puede servir a la misión

Vivimos en una época extraordinaria.

Durante siglos, un misionero tenía que viajar durante meses para llegar a otra nación.

Hoy un mensaje puede cruzar el mundo en segundos.

Un libro puede llegar digitalmente a otro continente.

Una clase puede ser escuchada en otra zona horaria.

Una prédica puede ser traducida.

Un creyente en una región remota puede estudiar desde un teléfono.

Esto no significa que la presencia física de misioneros, pastores y maestros haya dejado de ser necesaria.

Pero significa que tenemos herramientas que generaciones anteriores no tuvieron.

La pregunta es:

¿Las usaremos para entretenimiento solamente, o también para el Reino de Dios?

La tecnología es una herramienta.

No es el Espíritu Santo.

Pero en manos consagradas puede servir a la misión.

13. Los libros también pueden cruzar fronteras

Pablo no solamente predicó en persona.

También escribió.

Sus cartas viajaron.

Fueron leídas.

Copiadas.

Compartidas.

Enseñadas.

Y siglos después siguen formando a la Iglesia.

Lucas escribió.

Juan escribió.

Pedro escribió.

Santiago escribió.

Judas escribió.

Dios usó la palabra hablada y la palabra escrita.

Un predicador puede hablar hoy ante cien personas.

Pero un libro puede continuar hablando cuando el autor ya no está presente.

Puede entrar en una prisión.

En un hospital.

En una escuela.

En un seminario.

En una casa.

En otra nación.

En otra generación.

Por eso escribir también puede ser misión.

14. La formación teológica también es misión

A veces pensamos que solamente evangelizar en una calle es misión.

Pero Pablo dijo a Timoteo:

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

2 Timoteo 2:2.

Observe la multiplicación.

Pablo.

Timoteo.

Hombres fieles.

Otros.

Cuatro generaciones de transmisión en un solo versículo.

Eso es misión multiplicadora.

Formar a un líder puede alcanzar a cientos.

Formar a un pastor puede fortalecer una congregación.

Formar a un capellán puede llevar el evangelio a lugares donde una iglesia tradicional quizá no entra fácilmente.

Formar a un maestro puede multiplicar conocimiento bíblico durante años.

La educación cristiana no debe estar separada de la misión.

Debe servir a la misión.

15. La capellanía también puede ser una puerta misionera

Hay lugares donde una plataforma de iglesia no puede entrar fácilmente.

Hospitales.

Prisiones.

Centros de rehabilitación.

Fuerzas de seguridad.

Instituciones.

Situaciones de crisis.

Comunidades golpeadas por tragedias.

Allí, un capellán cristiano bien formado puede escuchar.

Acompañar.

Orar cuando corresponde.

Servir.

Consolar.

Orientar.

Y representar a Cristo con sabiduría, ética y compasión.

La capellanía no debe convertirse en un título decorativo.

Es servicio.

Es responsabilidad.

Es presencia.

Es una oportunidad de llevar esperanza a personas en momentos donde las preguntas más profundas de la vida aparecen con fuerza.

16. La misión necesita carácter

Podemos enviar una persona con mucho conocimiento y poco carácter.

Eso puede causar daño.

Podemos enviar alguien con dones, pero sin disciplina.

Eso puede producir escándalo.

Podemos enviar un ministro con entusiasmo, pero sin ética.

Eso puede herir a personas vulnerables.

Por eso Jesús no solamente dio poder.

También formó discípulos.

La misión necesita doctrina.

Pero también carácter.

Necesita dones.

Pero también fruto.

Necesita valentía.

Pero también humildad.

Necesita autoridad espiritual.

Pero también responsabilidad.

17. El Padre busca adoradores

Jesús dijo a la mujer samaritana:

“Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”.

Juan 4:23.

La misión no termina cuando alguien levanta la mano en una reunión.

La meta es que personas que antes no conocían a Dios lleguen a adorarlo.

Que familias sean transformadas.

Que pueblos conozcan a Cristo.

Que nuevas iglesias nazcan.

Que discípulos maduren.

Que líderes sean formados.

Que el evangelio continúe avanzando.

La misión busca adoradores para Dios.

18. El Hijo compró un pueblo de todas las naciones

Apocalipsis presenta una visión gloriosa.

Al Cordero se le canta:

“Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.

Apocalipsis 5:9.

La misión mundial no es una moda moderna.

Está conectada con la obra del Cordero.

Cristo compró un pueblo de todas las naciones.

Por eso la Iglesia no puede pensar solamente en su ciudad.

Ni solamente en su cultura.

Ni solamente en su idioma.

El corazón de la misión mira hacia las naciones.

19. Cada idioma importa

En Pentecostés, personas de diferentes lugares escucharon las maravillas de Dios en sus propias lenguas.

Hechos 2.

Eso nos recuerda algo poderoso.

El evangelio puede ser anunciado en todos los idiomas.

Cristo no pertenece a una sola cultura.

La Biblia puede ser traducida.

La enseñanza puede ser traducida.

Los libros pueden ser traducidos.

La formación puede ser adaptada responsablemente.

El mensaje no cambia.

Pero puede cruzar idiomas.

Español.

Inglés.

Francés.

Portugués.

Árabe.

Ruso.

Alemán.

Japonés.

Y muchos otros.

La visión de Apocalipsis es una multitud de toda lengua.

La Iglesia debe pensar con amplitud.

20. La misión necesita estructura

Algunas personas creen que depender del Espíritu significa trabajar sin organización.

El libro de Hechos muestra otra cosa.

Cuando surgió una necesidad en Hechos 6, los apóstoles organizaron una respuesta.

Las iglesias recibían enseñanza.

Se establecieron ancianos.

Se enviaron cartas.

Se recogieron ofrendas.

Se coordinaron viajes.

Había equipos.

Había responsabilidades.

Había rendición de cuentas.

El Espíritu Santo no es enemigo del orden.

Una visión grande necesita una estructura capaz de sostenerla.

21. Una obra que quiere alcanzar naciones debe pensar en multiplicación

Jesús comenzó con un grupo pequeño.

Formó discípulos.

Los discípulos formaron a otros.

El evangelio se multiplicó.

Este principio sigue siendo poderoso.

Una persona puede predicar.

Pero también puede formar a diez.

Esos diez pueden formar a cien.

Los cien pueden formar a mil.

La multiplicación requiere materiales.

Métodos.

Mentores.

Maestros.

Centros de formación.

Iglesias saludables.

Líderes responsables.

No basta comenzar.

Hay que construir pensando en continuidad.

22. La misión no pertenece a una sola persona

Este punto es difícil para algunos fundadores y líderes.

Cuando Dios da una visión, existe el peligro de pensar:

“Todo debe pasar por mí”.

Pero ninguna obra mundial puede depender permanentemente de una sola persona.

Moisés tuvo que aprender a delegar.

Jesús formó apóstoles.

Pablo formó colaboradores.

Timoteo debía enseñar a hombres fieles que enseñaran a otros.

Una visión del Reino debe sobrevivir al fundador.

Si una obra desaparece cuando desaparece su líder, faltó multiplicación.

La misión necesita sucesión.

23. El éxito no se mide solamente en números

Los números importan porque representan personas.

No debemos despreciarlos.

En Hechos se mencionan miles que creyeron.

Pero los números no son el único criterio.

También debemos preguntar:

¿Están siendo discipulados?

¿Conocen la Palabra?

¿Están creciendo?

¿Sus familias están siendo transformadas?

¿Hay carácter?

¿Hay doctrina sana?

¿Hay reproducción?

¿Están formando a otros?

Una multitud sin formación puede desaparecer rápidamente.

Un grupo pequeño bien formado puede convertirse en un movimiento.

24. La misión encontrará oposición

Jesús nunca prometió una misión sin dificultades.

Dijo:

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

Juan 16:33.

En Hechos encontramos persecución.

Prisiones.

Amenazas.

Conflictos.

Naufragios.

Rechazo.

Pero también encontramos avance.

Las puertas cerradas no siempre significan que Dios abandonó la misión.

A veces la oposición obliga a la Iglesia a moverse.

Después de la persecución en Jerusalén, los creyentes fueron esparcidos.

Y:

“Iban por todas partes anunciando el evangelio”.

Hechos 8:4.

El enemigo quiso dispersarlos.

Dios usó la dispersión para expandir el mensaje.

25. La misión requiere perseverancia

Pablo dijo:

“De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús”.

Hechos 20:24.

No basta comenzar emocionados.

Hay que terminar.

Habrá temporadas visibles.

Y temporadas silenciosas.

Puertas abiertas.

Y puertas cerradas.

Personas fieles.

Y decepciones.

Recursos.

Y escasez.

Pero la misión no depende de nuestra comodidad.

Depende de nuestra fidelidad al llamado de Dios.

26. El Espíritu Santo sigue capacitando a la Iglesia

La Iglesia del primer siglo necesitó al Espíritu Santo.

La Iglesia del siglo XXI también.

Podemos tener cámaras.

Micrófonos.

Internet.

Plataformas.

Inteligencia artificial.

Traducción.

Impresión rápida.

Aviones.

Redes internacionales.

Pero ninguna herramienta puede regenerar un corazón.

Ningún algoritmo puede producir nuevo nacimiento.

Ninguna cámara puede reemplazar la unción.

Ningún sistema puede sustituir la santidad.

Necesitamos herramientas.

Pero sobre todo necesitamos al Espíritu Santo.

27. La misión comienza donde estamos

Cuando escuchamos “hasta lo último de la tierra”, podemos pensar solamente en países lejanos.

Pero Hechos 1:8 comienza en Jerusalén.

Nuestra Jerusalén puede ser nuestra familia.

Nuestro vecindario.

Nuestro trabajo.

Nuestra ciudad.

Las personas que ya están cerca.

No necesitamos esperar un boleto de avión para comenzar a ser testigos.

La misión comienza hoy.

Con alguien.

Con una conversación.

Con un libro.

Con un mensaje.

Con una invitación.

Con una oración.

Con un acto de compasión que abra una puerta para presentar a Cristo.

28. Pero no debemos quedarnos en Jerusalén

También existe el error opuesto.

Decimos:

“Primero vamos a alcanzar completamente nuestra ciudad y después pensaremos en otros lugares”.

El problema es que nunca terminaremos completamente una ciudad.

La misión de Hechos avanza simultáneamente.

Jerusalén.

Judea.

Samaria.

Hasta lo último de la tierra.

La Iglesia debe tener visión local y global.

Raíces en una comunidad.

Y ojos sobre las naciones.

29. El Dios trino garantiza que la misión no es inútil

El Padre tiene un propósito.

El Hijo compró un pueblo con su sangre.

El Espíritu Santo está obrando en el mundo.

Por eso la misión tiene esperanza.

No predicamos a un Cristo muerto.

Predicamos a un Cristo resucitado.

No vamos solos.

Jesús prometió:

“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Mateo 28:20.

Y el Espíritu Santo ha sido dado a la Iglesia.

Podemos avanzar.

No con arrogancia.

No confiando en números.

No confiando en tecnología.

No confiando en nuestra capacidad.

Sino en Dios.

30. La visión final: todas las naciones delante del Cordero

Juan escribió:

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”.

Apocalipsis 7:9.

Estaban delante del trono.

Y delante del Cordero.

Esa es la dirección de la historia.

Las naciones.

Los pueblos.

Las lenguas.

Delante de Dios.

Por eso predicamos.

Por eso discipulamos.

Por eso escribimos.

Por eso enseñamos.

Por eso traducimos.

Por eso formamos líderes.

Por eso enviamos misioneros.

Por eso preparamos capellanes.

Por eso abrimos centros de formación.

Por eso utilizamos cada herramienta legítima disponible.

Porque Cristo es digno.

Y porque todavía hay personas que necesitan escuchar.

REFLEXIÓN FINAL

La misión nace en Dios.

El Padre envió al Hijo.

El Hijo vino a buscar y salvar lo perdido.

El Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo.

El Espíritu capacita a la Iglesia.

Y Cristo envía a sus discípulos a las naciones.

Por eso la misión no es un departamento opcional de la Iglesia.

Es parte de nuestra identidad.

Somos un pueblo enviado.

La Iglesia que conoce al Dios trino debe levantar los ojos.

Hay familias que necesitan a Cristo.

Ciudades.

Prisiones.

Hospitales.

Escuelas.

Comunidades.

Naciones.

Idiomas.

Generaciones.

La pregunta ya no es solamente:

¿Qué puede hacer Dios conmigo?

La pregunta es:

¿Dónde está Dios obrando y cómo puedo obedecer para participar en su misión?

Oremos:

Padre eterno, gracias porque amaste al mundo y enviaste a tu Hijo.
Señor Jesucristo, gracias porque viniste a buscar y salvar lo que se había perdido, entregaste tu vida y resucitaste con toda autoridad.
Espíritu Santo, llénanos de poder para ser testigos fieles de Cristo.
Líbranos de una Iglesia encerrada en sí misma.
Danos compasión por los perdidos, sabiduría para formar discípulos y valentía para cruzar fronteras.
Levanta evangelistas, maestros, pastores, misioneros, escritores, líderes y capellanes llenos del Espíritu, firmes en la Palabra y maduros en carácter.
Permítenos usar cada herramienta, cada idioma, cada libro, cada aula, cada centro de formación y cada medio disponible para anunciar a Jesucristo.
Que no construyamos nuestro nombre.
Que tu Reino avance.
Que Cristo sea conocido.
Que los creyentes sean formados.
Y que de toda nación, pueblo, tribu y lengua se levanten adoradores delante del Cordero.
En el nombre de Jesús. Amén.

CONCLUSIÓN

CONOCER AL DIOS TRINO PARA ADORARLO, OBEDECERLO Y ANUNCIARLO

Llegamos al final de este recorrido.

Comenzamos preguntándonos quién es Dios.

Vimos las huellas de la revelación en las Escrituras.

Contemplamos el Jordán.

Escuchamos la voz del Padre.

Miramos al Hijo.

Vimos descender al Espíritu Santo.

Estudiamos la divinidad del Hijo.

La personalidad y divinidad del Espíritu.

La unidad de Dios.

La distinción de las personas.

La obra del Dios trino en nuestra salvación.

La vida de oración y comunión.

Los errores que debemos evitar.

Y finalmente contemplamos la misión.

Ahora podemos volver a decir con claridad:

Hay un solo Dios. El Padre es Dios.

El Hijo es Dios. El Espíritu Santo es Dios.

El Padre no es el Hijo.

El Hijo no es el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo no es el Padre.

No son tres dioses.

Hay un solo Dios eterno: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero si terminamos este libro solamente pudiendo repetir una definición, todavía nos falta algo.

La meta de conocer a Dios es adorarlo.

La meta de conocer al Hijo es seguirlo.

La meta de conocer al Espíritu Santo es caminar en obediencia y dependencia de Él.

La doctrina verdadera debe producir vida verdadera.

Que el Padre sea glorificado.

Que el Hijo sea exaltado.

Que el Espíritu Santo transforme nuestras vidas.

Y que la Iglesia anuncie a Cristo hasta lo último de la tierra.

Al único Dios verdadero sea la gloria por los siglos. Amén.

EPÍLOGO

CUANDO EL MISTERIO SE CONVIERTE EN ADORACIÓN

Hay momentos en la vida en que uno abre la Biblia buscando una respuesta y termina encontrándose con algo mucho más grande que la pregunta.

Eso ocurre cuando estudiamos quién es Dios.

Comenzamos queriendo entender.

Leemos.

Comparamos pasajes.

Seguimos las huellas desde Génesis.

Escuchamos a los profetas.

Llegamos al Jordán.

Caminamos con Jesús por los Evangelios.

Entramos en el aposento alto.

Vemos el fuego de Pentecostés.

Escuchamos la predicación de los apóstoles.

Leemos las cartas.

Y finalmente llegamos a Apocalipsis.

Después de todo ese recorrido descubrimos algo:

Dios es infinitamente mayor de lo que imaginábamos.

Podemos conocerlo verdaderamente porque Él decidió revelarse.

Pero nunca podremos encerrarlo dentro de nuestra mente.

Podemos hablar correctamente de Él.

Pero nunca agotarlo con nuestras palabras.

Podemos estudiar su naturaleza.

Pero al final, el conocimiento verdadero debe llevarnos a doblar nuestras rodillas.

El día en que veremos con mayor claridad

Ahora conocemos en parte.

Pablo escribió:

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara”.

1 Corintios 13:12.

Hay preguntas que todavía tenemos.

Hay misterios que nuestra mente limitada no puede penetrar completamente.

Pero llegará el día en que la fe dará paso a la visión.

Juan escribió:

“Verán su rostro”.

Apocalipsis 22:4.

Piense por un momento en esas palabras.

Verán su rostro.

Toda la historia de la redención se dirige hacia la comunión con Dios.

El pecado nos alejó.

Cristo vino a buscarnos.

El Espíritu nos dio vida.

El Padre nos adoptó.

Y la historia terminará con el pueblo redimido habitando en la presencia de Dios.

No estudiamos la Trinidad para ganar discusiones

Después de terminar este libro, usted puede tener más herramientas para responder preguntas.

Puede explicar por qué el Padre no es el Hijo.

Puede demostrar bíblicamente la divinidad de Cristo.

Puede explicar que el Espíritu Santo es una persona divina.

Puede reconocer errores como el modalismo, el arrianismo o el triteísmo.

Todo eso es importante.

Pero quiero decirle algo.

No permita que el conocimiento de Dios se convierta solamente en una herramienta para discutir.

Es posible defender la Trinidad y no caminar en amor.

Es posible explicar la divinidad de Cristo y no obedecer a Cristo.

Es posible afirmar que el Espíritu Santo es Dios y vivir resistiendo su obra.

Es posible hablar del Padre y vivir como si fuéramos huérfanos espirituales.

La doctrina debe descender de la mente al corazón.

Y del corazón a la vida.

Conocer al Padre cambia nuestra identidad

Tal vez usted ha vivido buscando aprobación.

Tal vez ha intentado demostrar su valor.

Tal vez las heridas del pasado han influido en su manera de relacionarse con Dios.

Pero el evangelio anuncia una verdad extraordinaria.

En Cristo hemos recibido adopción.

Pablo escribió:

“Habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15.

No somos extraños tratando de convencer a Dios para que nos abra la puerta.

En Cristo somos recibidos.

Adoptados.

Amados.

Corregidos.

Formados.

Preparados para una herencia.

Cuando comprendemos al Padre, nuestra identidad comienza a descansar.

Conocer al Hijo cambia el centro de nuestra vida

Vivimos en una generación obsesionada con el yo.

Mi sueño.

Mi proyecto.

Mi plataforma.

Mi éxito.

Mi reconocimiento.

Incluso el ministerio puede contaminarse con esa mentalidad.

Pero cuando contemplamos al Hijo, todo cambia.

Cristo se humilló.

Sirvió.

Lavó pies.

Tocó leprosos.

Recibió a rechazados.

Buscó a los perdidos.

Obedeció hasta la muerte.

Y dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”.

Mateo 16:24.

Conocer al Hijo significa seguirlo.

No solamente admirarlo.

No solamente cantar acerca de Él.

Seguirlo.

Conocer al Espíritu cambia nuestra dependencia

Cuántas veces hemos intentado hacer la obra de Dios solamente con fuerza humana.

Planificamos.

Trabajamos.

Organizamos.

Corremos.

Nos cansamos.

Y después recordamos que necesitamos orar.

Pero Jesús dijo:

“Separados de mí nada podéis hacer”.

Juan 15:5.

La Iglesia necesita recuperar una dependencia profunda del Espíritu Santo.

No una espiritualidad desordenada.

No emociones sin verdad.

No manifestaciones sin discernimiento.

Sino una vida llena del Espíritu.

Sometida a la Palabra.

Centrada en Cristo.

Comprometida con la santidad.

Y enviada a la misión.

Una Iglesia que refleje lo que predica

La Iglesia anuncia al Dios trino.

Entonces debe aprender a vivir en unidad.

No uniformidad.

Unidad.

Hay diferentes dones.

Diferentes funciones.

Diferentes generaciones.

Diferentes culturas.

Diferentes idiomas.

Pero un solo cuerpo.

Pablo escribió:

“Un cuerpo, y un Espíritu... un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos”.

Efesios 4:4-6.

Qué testimonio poderoso sería una Iglesia donde los líderes no compitieran.

Donde los ministros celebraran el fruto de otros.

Donde los jóvenes honraran a los mayores y los mayores prepararan a los jóvenes.

Donde las iglesias colaboraran para alcanzar ciudades.

Donde los recursos fueran usados para formar, enviar y servir.

Donde la pregunta no fuera:

“¿Quién recibirá el reconocimiento?”

Sino:

“¿Cómo glorificamos a Cristo y alcanzamos a más personas?”

La doctrina debe salir del aula

Este libro forma parte de una formación doctrinal.

Pero la doctrina no debe quedarse en un salón.

Debe entrar en la casa.

En el matrimonio.

En la crianza de los hijos.

En el trabajo.

En el ministerio.

En la evangelización.

En la capellanía.

En la misión.

En la forma en que administramos recursos.

En la manera en que tratamos a las personas.

En la forma en que enfrentamos el sufrimiento.

En la manera en que perdonamos.

Una doctrina que nunca toca la vida se ha quedado incompleta en nosotros.

Cuando llegue la noche oscura

Habrá momentos en que no sentirá nada.

Momentos en que orará y parecerá que el cielo está en silencio.

Momentos de enfermedad.

Pérdida.

Traición.

Cansancio.

Preguntas.

En esos días, recuerde:

El Padre sigue siendo Padre.

El Hijo sigue intercediendo.

El Espíritu sigue ayudando en nuestra debilidad.

La realidad de Dios no cambia con nuestras emociones.

Cuando no pueda caminar rápido, camine despacio.

Cuando no pueda correr, permanezca.

Cuando no tenga muchas palabras, ore con las pocas que tenga.

Y cuando ni siquiera sepa cómo orar, recuerde:

“El Espíritu mismo intercede por nosotros”.

Romanos 8:26.

No estamos solos.

Cuando Dios abra puertas

También vendrán temporadas de avance.

Puertas abiertas.

Crecimiento.

Fruto.

Nuevas oportunidades.

Y allí necesitaremos recordar la misma doctrina.

La gloria pertenece a Dios.

El Padre dio la oportunidad.

El Hijo es el mensaje.

El Espíritu produjo el fruto.

Nosotros somos siervos.

Pablo escribió:

“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”.

1 Corintios 3:6.

Nunca permita que el fruto de Dios se convierta en alimento para el orgullo.

Cuanto más grande sea la obra, más profunda debe ser nuestra dependencia.

Todavía hay personas que no conocen a Cristo

Mientras terminamos estas páginas, millones de personas continúan viviendo sin conocer verdaderamente a Jesucristo.

Algunas nunca han escuchado una presentación clara del evangelio.

Otras conocen una versión distorsionada de Jesús.

Otras viven atrapadas en pecado.

Otras están heridas.

Otras buscan respuestas.

Otras están rodeadas de religión, pero necesitan nacer de nuevo.

Por eso no podemos terminar un libro acerca de Dios encerrándonos en nosotros mismos.

El conocimiento de Dios debe enviarnos.

Jesús dijo:

“Como me envió el Padre, así también yo os envío”.

Juan 20:21.

La pregunta ahora es:

¿A quién podemos alcanzar?

Tal vez a una persona.

Una familia.

Una comunidad.

Una ciudad.

Una nación.

Tal vez por una conversación.

Una prédica.

Un video.

Un libro.

Una clase.

Un centro de formación.

Una visita a un hospital.

Un servicio de capellanía.

Una misión.

Una traducción.

No desprecie la herramienta que Dios ha colocado en sus manos.

Entréguela a Él.

La historia terminará delante del trono

Juan vio una multitud que nadie podía contar.

De todas las naciones.

Tribus.

Pueblos.

Lenguas.

Delante del trono y delante del Cordero.

Apocalipsis 7:9.

Ese es el horizonte.

No estamos trabajando para construir monumentos personales.

Estamos participando, por gracia, en una historia que terminará en adoración.

Un día no habrá campañas evangelísticas.

No habrá necesidad de seminarios.

No habrá necesidad de apologética.

No habrá necesidad de defender la fe.

No habrá que enviar misioneros a pueblos no alcanzados.

La misión habrá llegado a su consumación.

Pero todavía no estamos allí.

Todavía es tiempo de trabajar.

Todavía es tiempo de predicar.

Todavía es tiempo de discipular.

Todavía es tiempo de escribir.

Todavía es tiempo de formar.

Todavía es tiempo de enviar.

Todavía es tiempo de servir.

Todavía es tiempo de anunciar que Jesucristo salva.

UNA ÚLTIMA PALABRA AL LECTOR

Si este libro le ayudó a comprender mejor la doctrina de la Trinidad, no se detenga aquí.

Continúe estudiando.

Abra la Biblia.

Revise cada pasaje.

Ore.

Haga preguntas.

Aprenda.

Enseñe a otros con humildad.

Y sobre todo, viva delante de Dios.

Conozca al Padre.

Permanezca en Cristo.

Camine en el Espíritu.

La mejor evidencia de que una doctrina ha sido verdaderamente comprendida no es solamente que podemos repetirla.

Es que comienza a transformar nuestra manera de vivir.

Que el Padre encuentre en nosotros hijos obedientes.

Que el Hijo encuentre discípulos fieles.

Que el Espíritu Santo encuentre vidas rendidas a su obra.

Y que el mundo encuentre una Iglesia que anuncie con claridad:

Hay salvación en Jesucristo.

Hay esperanza.

Hay perdón.

Hay vida nueva.

El Padre todavía llama.

El Hijo todavía salva.

El Espíritu Santo todavía transforma.

Y la Iglesia todavía tiene una misión.

Hasta que Cristo vuelva.

ORACIÓN FINAL

Padre eterno,
gracias por permitirnos llegar al final de este recorrido.

Gracias porque te has revelado y porque nos llamaste a conocerte.

Señor Jesucristo,
Hijo eterno de Dios,
gracias por hacerte hombre sin dejar de ser Dios,
por vivir en perfecta obediencia,
por llevar nuestros pecados en la cruz,
por resucitar de entre los muertos
y por interceder hoy por nosotros.

Espíritu Santo,
Dios eterno y verdadero,
gracias por convencernos de pecado,
darnos nueva vida,
habitar en nosotros,
formar el carácter de Cristo
y capacitarnos para la misión.

Guárdanos del error.
Guárdanos del orgullo.
Guárdanos de una doctrina sin vida
y de una espiritualidad sin verdad.

Haznos una Iglesia bíblica,
llena del Espíritu Santo,
centrada en Jesucristo,
obediente al Padre
y comprometida con la Gran Comisión.

Levanta discípulos.
Levanta maestros.
Levanta pastores.
Levanta evangelistas.
Levanta misioneros.
Levanta escritores.
Levanta capellanes.
Levanta hombres y mujeres fieles que formen a otros.

Lleva tu Palabra a ciudades y naciones.
A hogares, hospitales y prisiones.
A aulas, iglesias y centros de formación.
A cada idioma y a cada generación.

Que todo conocimiento termine en adoración.
Que toda formación produzca servicio.
Que todo don glorifique a Cristo.
Que toda obra contribuya al avance de tu Reino.

Y cuando nuestra carrera termine,
permítenos decir como Pablo:

"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe".

2 Timoteo 4:7.

Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, único Dios verdadero, sea la gloria, la honra y la adoración por los siglos de los siglos.

Amén.

.RECOMENDACIÓN PARA CONTINUAR LA FORMACIÓN

Este libro ha establecido una verdad fundamental: **quién es el Dios que adoramos**.

Pero la formación doctrinal debe continuar.

Después de estudiar al Dios trino, el estudiante debe avanzar hacia las grandes doctrinas de la fe cristiana: la creación, la humanidad, el pecado, la persona y obra de Cristo, la salvación, la Iglesia, el Espíritu Santo, la vida cristiana y la esperanza futura.

Una casa fuerte no se construye con una sola piedra.

Se levanta fundamento sobre fundamento.

Verdad sobre verdad.

Doctrina sobre doctrina.

Hasta formar creyentes capaces de permanecer firmes, enseñar a otros y servir responsablemente en la obra de Dios.

Continúe avanzando.

La meta no es acumular libros.

La meta es conocer a Dios, ser transformado por su verdad y estar preparado para formar a otros.

CIERRE EDITORIAL DEL LIBRO 3

Serie

Fundamentos de la Doctrina Cristiana

Libro 3

El Misterio del Dios Trino

Subtítulo

Padre, Hijo y Espíritu Santo: un solo Dios, tres personas eternas y una verdad que transforma toda la vida cristiana

Área doctrinal

Doctrina de la Trinidad

Propósito central

Ayudar al creyente a confesar bíblicamente al único Dios verdadero: Padre, Hijo y Espíritu Santo, evitando errores y viviendo en adoración, comunión, obediencia y misión.

Próximo libro de la serie

LIBRO 4

JESUCRISTO, EL HIJO ETERNO DE DIOS

Su persona, su encarnación, su obra redentora y su señorío eterno

Este será el siguiente paso natural. Ya vimos la Trinidad. Ahora debemos profundizar exclusivamente en Cristo: quién es, por qué vino, qué logró en la cruz, qué significa su resurrección, su ascensión, su intercesión y su regreso.



Contacto:

www.cristolibera.org

BIOGRAFÍA INSTITUCIONAL DEL FUNDADOR

Roger D. Muñoz es fundador del Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI) y del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en **Seattle, Washington, Estados Unidos**.

Su labor ministerial está enfocada en la formación **doctrinal sólida**, la **capacitación en liderazgo espiritual** y el establecimiento **de ministros** con fundamento bíblico firme y estructura ministerial clara.

Bajo su dirección, el ministerio ha desarrollado una estructura internacional activa en màs de **30 naciones**, con programas de formación presencial y una **Escuela de Guerra Espiritual** online de alcance global. Mensualmente, miles de estudiantes reciben capacitación bíblica estructurada a través de sus plataformas educativas.

El **CLGTI nace** como una respuesta estratégica a la necesidad de formación teológica formal con estándares académicos definidos, **integrando enscñanza doctrinal**, evaluación estructurada y certificación oficial emitida desde Estados Unidos.

Su enfoque no es producir información, sino formar lideres preparados para servir con autoridad bíblica, madurez espiritual y responsabilidad ministerial en el contexto contemporáneo.

Desde Seattle, Washington, hacia las naciones.

Comparte este libro

Un recurso gratuito para leer, estudiar y compartir.

Puedes enviar este PDF completo a tus familiares, amistades, contactos y congregación. Conserva la autoría y los créditos de la obra al compartirlo.

Este material puede utilizarse como apoyo para el estudio personal y en grupos. Lee los pasajes bíblicos en su contexto y pon en práctica lo aprendido.

La biblioteca gratuita ofrece recursos de apoyo del Ministerio Cristo Libera. Las clases, las escuelas y los diplomados continúan su labor formativa.

Libros y recursos: www.cristolibera.org/libros

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Roger D. Muñoz · Director Fundador · Editorial Cristo Libera